

Siwapajti

(Medicina de mujer)

Memoria y teoría de mujeres

Patricia Karina Vergara Sánchez

PRESENTACIÓN

Siwapajti es un libro necesario para toda mujer latinoamericana que busque comprender las raíces del sistema mundo patriarcal, tarea indispensable para elaborar estrategias contundentes que hagan frente, derroquen y asfixien el dominio feminicida de los hombres. Karina nos comparte una explicación sucinta y elocuente de cómo este sistema se ha conformado a través de los siglos, desde tiempos mesoamericanos, pasando por la colonización y llegando hasta el capitalismo y su actual fase neoliberal. Su explicación no deja a dudas sobre cómo el poderío de los hombres ha sido totalmente intencionado para contrarrestar el inevitable resplandor de las mujeres y cómo para conseguirlo han impuesto sobre nosotras el régimen de la heterosexualidad, el cual ha sostenido los modelos económicos del patriarcado a modo de su columna vertebral.

Hace algunos años cuando leí por primera vez a Karina, en su ensayo "Sin heterosexualidad obligatoria, no hay capitalismo", entendí que la autora había llegado a aportes que, si bien nuestras antecesoras cimentaron, no habían podido concluir, probablemente porque todas somos una continuidad de saberes y hay pasos que algunas mujeres tienen que dar para mostrarnos lo mucho que nos hemos transformado colectivamente. En este sentido, *Siwapajti* es, hasta el momento, nuestro último peldaño narrado de una historia de rebeldía que sigue andando bajo las pisadas de todas las mujeres soñadoras de un mundo digno para nosotras.

La mirada de la autora no es resultado de las críticas a la heterosexualidad obligatoria desde el feminismo lésbico radical blanco tan omiso al colonialismo y racismo, tampoco emana de las posturas antirracistas que cargan con el costo de la lucha "dual" bajo el yugo de los hombres a los que ellas llaman "hermanos", su mirada, en cambio, proviene de la ancestralidad lesbofeminista, la de las abuelas latinoamericanas que enseñan a sus nietas a cargar con alfileres y navajas para defenderse de los hombres, la de las mujeres que susurran entre ellas que a ninguna niña se le puede dejar sola con ningún hombre y la de las mujeres que en

medio de la noche deciden tomar entre sus brazos a sus crías para dejar por siempre la casa del agresor.

Siwapajti es esa explicación que anduvimos buscando al llegar por primera vez al feminismo y que nadie nos pudo ofrecer en el monopolio de las generistas, siempre tan colaboracionistas de los hombres, es la explicación que exhalábamos en nuestros momentos de rabia al defendernos del acoso de los hombres y también es eso que sentimos en los momentos de amor inmenso entre nosotras al calor de la esperanza. Siwapajti es un salpicón de verdad acerca de un camino que ya supimos andar, es un libro que ha nacido para pasarse de mano en mano, de boca en boca, entre besos de lesbianas, incluso las que aún no lo son, para recordarnos a las mujeres la rebeldía que volveremos a ser.

Luisa Velázquez Herrera- Menstruadora

2022

LUAS

¿Cómo empezar un texto escrito a cuatro manos, cuyo objetivo es acuerpar este valioso y fundamental libro que finalmente llega a ustedes: *Siwapajti*, de Patricia Karina Vergara Sánchez

Tal vez lo más adecuado sea presentándonos y contando cómo conocimos a Karina y su precioso material escrito. Quienes escribimos somos Cecilia Castro, editora feminista brasileña que conoció primero la poesía retumbante de Karina y después sus ensayos y Patricia Lessa, investigadora y escritora que tuvo el honor de conocer a Karina personalmente primero y después sus escritos. La vida va tejiendo los encuentros de manera poética y misteriosa. Cuando conocimos el original de *Siwapajti*, coincidentemente, nos encontrábamos en la misma ciudad y fue así que leímos juntas el ensayo. Cada página iba dejando nuestras mentes y cuerpas vibrando ante la calidad de la escritura, de los argumentos y de las tesituras afiladas y poéticas del pensar, ser, estar y sentir mujer que nos presenta en éste ensayo. A medida que íbamos avanzando, generaba grandes diálogos entre nosotras ante su análisis crítico sobre nuestra sociedad patriarcal, capitalista, racista. De esos poderosos encuentros, finalmente, surge el momento en el cual las lectoras brasileras conocerán la obra de Karina, ya que éste libro también será publicado en Brasil por la Editorial Luas.

Patricia Karina Vergara Sánchez es una activista actuante, sea a través de sus intervenciones poéticas, de sus ensayos feministas, de los cursos y talleres que ofrece o de su participación en grupos lesbofeministas. Ella es una mujer racializada, nacida en México, conocida por sus escritos feministas puntiagudos publicados en importantes redes de mujeres latinoamericanas. Su letra es como una fina navaja que va calando hondo, perforando las entrañas del capitalismo y del patriarcado para exponer sus artimañas y cristalizaciones que son el sustento de algunas formas de dominación, tales como el feminicidio, el narcogobierno, el tráfico de mujeres, las persecuciones, las prisiones políticas. Ella sueña, escribe y trabaja para que un día todas las mujeres conozcan la libertad. Realizó el doctorado en

Ciencias de la Salud Colectiva, la maestría en Estudios de las Mujeres y se formó como psicoterapeuta desde una propuesta latinoamericanista.

En *Siwapajti*, las críticas al capitalismo y al patriarcado no pueden ser desconectadas de la construcción de la femineidad en las sociedades modernas, que es aún marcada por la monogamia centrada en el casamiento indisoluble y sumisa al legado cristiano, es también marcada por la sexualidad de las mujeres direccionada hacia el otro, por la construcción de un modelo de belleza y de juventud dictada por la gran prensa, entre otras marcaciones que recaen sobre la materialidad de los cuerpos de las mujeres. Una de las formas de consolidar la sociedad patriarcal fue la ruptura de los vínculos de las mujeres entre sí, de sus tradiciones y sus conocimientos ancestrales compartidos, que fueron criminalizados y apropiados por los hombres de las ciencias.

Al escribir sobre el patriarcado, Karina utiliza un aporte teórico feminista que piensa y actualiza la construcción histórica que sufre transformaciones, reflexiona sobre el poder y la dominación de los hombres, que crea una fraternidad entre ellos y formas de ejercitar un poder opresor sobre las mujeres, tanto individual como colectivamente.

En su reflexión lesbofeminista, Karina parte de la idea de la necesidad de mostrar que hay un sistema, el cual se organiza en círculos concéntricos, creando relaciones de privilegio para quien habita el centro, tal concepción se transforma cuando la definimos como patriarcal, ya que denota la práctica de apropiación de la mano de obra de las mujeres y de su capacidad de parir para generar cuerpos subordinados al patriarca. Así se institucionaliza la opresión que permite explotar con mayor impunidad a quien oprime, o sea, la familia patriarcal representa una de las bases de la explotación capitalista. En cada contexto geopolítico, la relación se estructura para mantener la hegemonía de los hombres frente a las mujeres.

Al abordar el racismo, el colonialismo, el adultocentrismo, la división sexual del trabajo, la heterosexualidad obligatoria, Karina reconoce y articula las teorías

lesbofeministas que, en su análisis crítica. Nos instiga a pensar en las conexiones del capitalismo con el patriarcado y cómo el sistema funciona para la manutención del poder y la dominación. De esta forma, la opresión opera de modo diferente para los hombres que para las mujeres, pues ellas se vuelven doblemente colonizadas, sometidas al dominio capitalista y, más específicamente, a la dominación masculina patriarcal.

Siwapajti (medicina de mujer) es también una planta silvestre utilizada por las mujeres del valle de México tanto en el momento del parto, como para aminorar dolores menstruales, como para realizar abortos. La recuperación de los territorios físicos, corporales o simbólicos, que está siendo bandera de lucha de las mujeres, significa recuperar sus tradiciones y memorias. Este libro de Karina es una invitación a un encuentro con las mujeres, que puedan representar la ruptura necesaria para la construcción de caminos donde la vida en la/de la Tierra se renueva. Es un llamado a la insumisión de las mujeres.

Con especial cariño, directo de tierras brasileras,

Cecilia Castro y Patricia Lessa.

(otoño de 2022)

*Nota:

Siwapajti en México es publicado por Eterno Femenino, pero se han pedido unas palabras a las compañeras de la editorial que imprimirá la versión en portugués, como el acto simbólico del tejido posible entre mujeres del Abya Yala.

Siwapajti¹

(Medicina de mujer)

Memoria y teoría de mujeres

Patricia Karina Vergara Sánchez

En náhuatl, nosotras, las mujeres, nos llamamos a nosotras: cuihuameh, y en las hermosas lenguas de distintas mujeres del Abya Yala, nos llamamos, entre muchas formas más: úka, warmi, warmikuna, acihná', fucha, ko'olel, ko'olelob, siguapa, huarmi, charhaku, nanaka sapi, nanaka, uarhiiti, kutsïmiti, zomo, wahine, ants, umukis, xutsi, uxhum, gunaa, ixq, siwapiltzin, siwat, ya meña, nxu, bëhña, jiñaru, kuña, antsetik, nuwa, nüx, na' a, ombeayiüts, tu'un savi, yuwera, kipa, ixuk, jierü, gunaa', benda', jiñaruñu, ndixu, a´go, wexuwi...

Estoy nombrándonos, también, a las bebas, a las niñas, a las ancianas y a las que aún no sé cómo es su nombre, a todas:

Con el permiso de nuestros rostros y de nuestros corazones, escribo a las nosotras, a las que nacimos con esta cuerpa, las que tenemos esta historia compartida, las que vibramos desde el pecho con la herencia de las vidas de las abuelas, las bisabuelas y las tatarabuelas, las que necesitamos los oídos para escuchar, los ojos para ver y nuestra rabia intacta para sobrevivir. Nos estoy llamando alrededor de este fuego que arde en nuestro nombre y por nuestra historia. Nos convoco a recordar la cuenta de nuestros oprobios, pero, también, de cuando fuimos libres, porque la enseñanza que otras nos han dejado es que un día podremos volver a serlo.

Por ello, es que dejo aquí las palabras que encontrarán en las siguientes líneas y que son un deseo de hacer memoria y un ejercicio de teoría de mujeres.

¹ Siwapajti, nombre en náhuatl, también se pronuncia como: "Siguapate", es medicina para mujeres. Un arbusto silvestre cuyas infusiones, en distintas dosis, sirven para aliviar dolores menstruales o para ayudar en abortos y en partos.

Son memoria porque cada una de las letras que escribiré ya las conocen, de una u otra forma, cada una de ustedes. Son parte de aquella voz que susurraron las abuelas a nuestros oídos cuando nacimos, para que no olvidásemos la ruta por donde el secuestrador nos trajo a este lugar, porque podemos escapar. Sólo es tarea, de, entre muchas, reencontrar el camino.

A un mismo tiempo, además de ser memoria, el texto que tienen en sus manos es teoría porque las teorías son una serie de ideas que conforman un intento de explicación de un fenómeno o de una situación a partir de haber estudiado, observado o razonado sobre ella.

La importancia de tratar de explicar o comprender lo que ocurre radica en que si se desea transformar una situación que no es justa, que es opresiva o escapar de donde se nos retiene, es un gasto absurdo de energía —como de loba en trampa de cazador— sólo agitarse o gritar sin tener un plan de solución, de abordaje o de huida. Así no sirve de mucho.

Para poder idear ese escape o esa revolución, un primer paso necesario es no sólo tratar de morder la cuerda más cercana, hay que tomarse un segundo para observar cómo funciona toda la trampa y de dónde proviene aquello de lo que se desea escapar. Sin esa observación, se corre el peligro de entrar a la cueva del depredador o quedar enredadas en la pesada red del cazador, más atrapadas.

Las mujeres, en nuestras distintas realidades y circunstancias, necesitamos urgentemente hacer memoria de lo que se nos ha exigido olvidar: que el cautiverio es cautiverio y que tiene un origen. Por ello, continuaremos teorizando desde nuestras experiencias y desde lo que vivimos con nuestros cuerpos y comprensiones sobre la forma en que está organizado y dominado el mundo y de cómo eso se manifiesta en nuestra vida cotidiana, en nuestra salud e, incluso, en nuestra muerte (o en la forma en que nos asesinan).

Aquí, quiero detenerme en una advertencia: para cierto imaginario colectivo, teorizar es un ejercicio reservado a los *grandes pensadores*, aquellos legitimados por los grados académicos, por el reconocimiento de la academia misma o por la difusión

desde las grandes empresas editoriales, citación en formatos que les son útiles a ellos, traducción a varios idiomas y negocio de distribución internacional.

En dichos espacios de reconocimiento teórico, se requiere de entender y usar lenguajes complejos y rebuscados, lo que crea elites, círculos privilegiados, autorizados y beneficiados del *saber*. Un conocimiento que no alcanza a llegar a muchas, menos a todas.

Pareciera que teorizar es algo que no está al alcance de cualquier mujer que no necesariamente entiende o escribe en los lenguajes académicos; que, tal vez, no usa los formatos impuestos para escribir y que no dicta desde grandes auditorios en prestigiosas universidades.

¡Qué conveniente resulta esta situación al *statu quo*, para mantener al mundo tal cual hoy existe!

Si el poder de teorizar, de explicar, incluso, respecto a lo que acontece en nuestras propias vidas, se le reconoce sólo a quienes habitan en las elites, en consecuencia, aquello que las mujeres que no habitamos esas elites alcanzamos a comprender sobre nosotras y sobre el devenir social, difícilmente se documenta, sistematiza; no se reconocen autorías —lo que nos roba historia— y, mucho menos, se difunde o se utiliza para la propia organización o acción sobre aquello que nos sucede.

Es una de las varias y convenientes formas de mantener el control sobre nosotras. Si no comprendemos, si lo que comprendemos unas y otras se mantiene fragmentado o es interpretado como menos legítimo por nosotras mismas respecto de lo que dice una persona encumbrada desde los países dominantes, difícilmente podremos desobedecer, escapar o transformar lo que dicen los que *saben* y, mucho menos, cuestionar, cómo lo saben y a quién termina sirviendo lo que dicen saber.

Así, lo que ellos enarbolan es la *ciencia* autorizada, lo que se nos traduce como *verdad*. En tanto, lo que nosotras pensamos será visto como pura producción de lo empírico, de lo cotidiano, *salvaje*, como si fuese menos verdad o de menor valor.

Por supuesto, hay algunos análisis de aquellos que se dedican a hacer ese tipo de saberes que nos son útiles. Sobre todo, porque también son nuestros. Son nuestros,

ya sea porque somos quienes hicimos la sopa o la limpieza que permitió que unos u otras analizaran en las academias, sea porque somos las que contestamos sus entrevistas, encuestas y nos tomaron por objetos de estudio o porque nos colamos en sus recintos y fuimos a proponer desde nosotras y a escribir desde nosotras. Por ello, dados esos casos, lo que nos es útil, nos toca usarlo, cuando nos sea conveniente.

Estoy diciendo, pues, que muchas de las teorizaciones existentes y reconocidas son utilizadas y lanzadas desde una comprensión del mundo que no siempre es la teorización que puede servirnos a las mujeres (la mayoría de las veces es para contribuir a nuestra sujeción). Por supuesto, a quien menos resuena es a las precarizadas, para tener un piso de ideas, una tierra propia, en donde pararnos y desde dónde construir un sistema de saberes propio que podamos habitar para combatir, para alimentarnos o refugiarnos, sin tener que ser siempre las *arrimadas* a la casa del saber de los otros y por otros; ser las que son útiles a los otros, pero nunca poseedoras del legítimo saber de nada.

Por ello, podemos tomar lo que nos pudiera servir, sin reverencia, y usarlo para limar los barrotes. Lo importante no es ser reconocida o aceptada por ellos, lo que urge es romper la reja que nos aprisiona.

Dicho lo anterior, me estoy tomando el atrevimiento de usar algunas nociones de la producción teórica legitimada, como instrumentos para pensar en el escape, pero, sobre todo, de escribir desde acá, desde un lugar fuera de los lugares autorizados, desde un saber que está más en mi cuerpa que sólo en mi cabeza, que vibra desde la memoria ancestral de mi útera y que hace teoría a partir de estos saberes que son míos, nuestros, y que laten en esta quien escribe y resuenan en aquella quien habrá de leerme, porque, simplemente, estas letras son un llamado. Sé que hay quien habrá de escucharlo.

DE CÓMO ESTAMOS

Vivimos en un planeta en que millones de mujeres son explotadas. Si bien, hay hombres que también lo son y unos cuantos dirigen se benefician de ello, de lo cual está resultando difícil sustraerse, porque pareciera que es una trampa tan bien armada que una jaula se encuentra dentro de otra jaula en una serie de puertas interminables que, una y otra vez, nos mantienen en distintas formas de aprisionamiento. Una caja que embona en otra y la hace funcionar, mientras otra embona en la siguiente y, también, la hace funcionar. Todo el mundo es un sistema.

La concepción de un *Sistema Mundo* es una herramienta de análisis surgida en la sociología en los años 70 y que, posteriormente, ha sido retomada en años recientes por su utilidad para tratar de explicar relaciones históricas, políticas, geográficas y, sobre todo, económicas que organizan al planeta, tal como existe ahora. Lo que se propone es la concepción de la existencia de un sistema que rige en el globo terráqueo y ese es un objeto de estudio complejo cuyos componentes físicos y simbólicos se relacionan entre sí.

Básicamente, la idea de un sistema-mundo nos muestra cómo en el capitalismo y en sus distintas fases hay algunos países que son considerados en el *centro*. Se entiende como aquellos que se consideran *desarrollados* y, en forma parecida a cómo se concibe el sistema solar, algunos otros son semiperiféricos o periféricos —aquellos aspirantes al *progreso*—, girando a su alrededor.

Curiosamente, esta relación centro-periferia es una relación, también, de países que explotan y países cuyas riquezas naturales y fuerza humana son explotadas.

Lo que me permite el partir desde la reflexión lesbofeminista es que, si bien tomo la idea de la necesidad de mostrar que hay un sistema que se organiza en círculos concéntricos que crean relaciones de privilegio para quienes habitan en el centro, esa concepción se transforma cuando la definimos como patriarcal². Porque una

² Lo "patriarcal", en el sentido de que este sistema, además, es de dominación de los hombres sobre las mujeres. La primera vez que escuché la noción de "sistema mundo patriarcal" fue en voz de lesbianas feministas organizadoras del Encuentro Lésbico Feminista de Guatemala en 2009.

dimensión que distintos teóricos —hombres- no pueden alcanzar comprender, debido a que sus intereses personales les impiden el reconocimiento y a que no es una experiencia que sus ojos vean y a que no atraviesa por su cuerpo, es que el funcionamiento de este sistema, tal cual ocurre hoy, se sostiene en la explotación del cuerpo-trabajo³ de las mujeres. Del complejo someter el cuerpo de aquellas con

Posteriormente, la retomamos en México desde la colectiva Lunas Lesbofeministas y, al paso del tiempo, le he aportado la sistematización y reflexión que ahora expongo.

3 Concibo que hay un binomio, dos elementos independientes que, en la historia del patriarcado, parecen ser una unidad, a fuerza de naturalizarla, pero que, desde luego, no lo es:

El primer elemento de este binomio es el *cuerpo*, entendido como dato de lo que está en el mundo, como el lugar donde se es, la unidad anatomofisiológica que respira, deglute, defeca, y que, en el caso de las mujeres, tiene el desarrollo y la existencia condicionados por el contexto sociocultural específico que se asigna a aquellas que tienen en común la presunta capacidad de parir. De estos cuerpos, se explota y comercia, por una parte, con su sexualidad y aquello que el propio cuerpo produce, como sus secreciones y sus crías. Hoy, es el último territorio físico y político siempre disputado, sin duda, pero que aún conservamos, a uñas y dientes, como propio, las mujeres.

Por otro lado, está el *trabajo*. Se explota la capacidad física de ese cuerpo para limpiar, cuidar, cargar, acarrear. Se le ha impuesto —sin que esto evite que se le asignen, también, aquellas tareas obligadas para hacer objetos o servicios en un sistema productivo dado, en un contexto histórico determinado— la realización de las labores humanas necesarias para la subsistencia: el trabajo reproductivo, en sus contextos y variantes históricas.

De acuerdo con Itzel Contreras Chávez, economista feminista mexicana, entrevistada para este ejercicio, en términos de los clásicos de la economía, desde Marx, "el trabajo es la actividad humana que transforma la realidad, que ha desarrollado las civilizaciones a lo largo de la historia". Esta caracterización también es consistente con las labores de subsistencia. Sin embargo, Contreras explica que lo que las economistas feministas develan de forma crítica es que en los análisis desde la economía hegemónica se considera trabajo únicamente aquello que está valorizado, el trabajo productivo, lo cual es un sesgo androcéntrico porque deja afuera de los análisis al trabajo reproductivo. Ponerlo fuera de foco resulta muy útil al sistema mismo pues es el trabajo que sostiene el funcionamiento de la economía del mundo. Esto quiere decir que nada se produce, ni se crea ni se cultiva ni se aprende sin que, previamente, los hombres o las mujeres que van a hacer esas labores se hayan alimentado, vestido y descansado para tener la fuerza física y mental que les permitirán realizar esas actividades. Para que el espacio de descanso tenga las condiciones de higiene y comodidad que permiten ese alivio; para que el alimento pueda ser trasladado, cuidado, preparado y servido en un plato que permita su ingesta; para que la ropa sea lavada, remendada y conservada en condiciones de uso y para que los otros miles de pequeños detalles que permiten la vida en el hogar sean posibles, hay una cantidad enorme de esfuerzo y de horas invertidas en ello: "Quienes históricamente han venido realizando esas labores, en su mayor carga, son las mujeres. Se trata tanto del esfuerzo físico de ellas que lavan, limpian, recogen, cargan y transforman, como el esfuerzo mental con el que tienen que maginar, proyectar, calcular, y organizar. Todo aquello que permite que toda la gente duerma, coma, se vista, trabaje, haga creaciones y, en resumen, pueda existir en este planeta". (Vergara, 2020). Esta invisibilización del trabajo reproductivo significa una desvalorización de éste y, por extensión, de toda labor productiva que realizamos las mujeres. En presunta capacidad paridora⁴ para explotar la sexualidad y esa misma capacidad de parir, así como del trabajo reservado exclusivamente a las mujeres en el patriarcado, me ocupo en estas líneas.

Cabe aclarar que cuando escribo *patriarcado* —palabra de origen griego que se refería al mandato del padre—, lo hago teniendo en cuenta los aportes previos de algunas de las mujeres que lo caracterizan como la construcción histórica que se ha ido transformando y sofisticando con el paso del tiempo para dar lugar a un sistema que institucionaliza la dominación de los hombres, otorgándoles poder social, medioambiental, político, económico y cultural, y creando fraternidad entre ellos, al mismo tiempo que ejercen opresión sobre las mujeres, tanto de formas

palabras de Gómez Bueno: "La invisibilización del trabajo doméstico y la desigual distribución de tareas no sería tan significativa si no fuera sistemáticamente acompañada de una valoración diferencial, esto es, jerarquizada, y no tuviera fuertes y claras repercusiones en las condiciones de vida" (2001:124). En una primera aproximación, la desvalorización del trabajo reproductivo, así como sus dimensiones económicas y políticas, se traduce en condiciones de vida específicas sobre las mujeres y genera desigualdad, la falta de acceso a educación, salud, trabajo remunerado, el techo de cristal y un largo etcétera de recuentos de injusticia social. En una segunda aproximación observo que, sobre todas las cosas, a nivel estructural, la creación del binomio cuerpo-trabajo es históricamente necesaria para el patriarcado porque invisibilizar y minimizar la importancia de esas labores garantiza que sigan siendo gratuitas y llevadas a cabo como simbolización del amor (sumisión de las mujeres al sistema de dominación). Implica la naturalización y el convencimiento, consciente e inconsciente, transgeneracional, a la humanidad de que esas labores son inherentes a quienes tienen cuerpos de mujer. Convencimiento que ha venido consolidando la construcción social de un cuerpo que es constantemente renovado, en el nacimiento de cada niña, que se compulsa al mismo, como si se amalgamaran con la propia piel las cadenas que tienen sujetos esos cuerpos sobre los que se ejerce la explotación en el sistema mundo del cual me ocupo en estas líneas.

4 Conceptualizo la "presunta capacidad paridora" refiriéndome a que sobre, prácticamente, todos los cuerpos que nacen con vulva, la lectura social presupone que tendrán la capacidad de engendrar y parir al crecer, por lo que socialmente se les proyecta el destino de madres. Se trata de cuerpos de mujer sobre los que desde la primera infancia se asignan cultural y físicamente tareas de cuidados y de servicios que sostienen gratuitamente al sistema político y económico patriarcal. Aún en el caso de que no pueda o no decida ejercer la capacidad paridora o que sus condiciones físicas, incluso el avance de la edad, le impidan hacerlo, igualmente, se le exigirá que cumpla los mandatos asignados a su cuerpo de mujer, sirviendo y cuidando, pues dichos mandatos fueron construidos sobre la presunción de la capacidad de parir, si no lo hace o no puede hacerlo, de todos modos, no puede librarse del resto de los mandatos de la socialización como mujer. (Vergara, 2015)

individuales como colectivas, como lo han señalado Juliet Mitchell, Carole Pateman, Zillah Eisenstein, Kate Millett, Christine Delphy, Lidia Falcón, Claudia Korol, Luisa Velázquez y muchas otras.

Aquí voy a explicitar que aporto señalando que se oprime para evitar la resistencia, la confrontación, la rebelión, para imponer una indefensión aprendida. Se institucionaliza la opresión para poder explotar con impunidad a quien se oprime.

Agrego que para que esa dominación y opresión existan hay toda una serie compleja de elementos de índole económica, de clase, de raza-etnia y otros, con distintas implicaciones, sobre diferentes mujeres.

Es decir, es necesario visibilizar, además, que el patriarcado tiene varios rostros, todos ocurriendo sobre el mismo tipo de cuerpos sexuados.

Podemos concebir, así, al sistema como un prisma, con diferentes caras, algunos lados irregulares, más o menos pulidos, impactando con diversas intensidades en sujetos, pero, específicamente, en las sujetas concretas, al mismo tiempo y en el mismo espacio.

CAPITALISMO

El primer lado o rostro del prisma que quiero abordar es el aspecto económico. En este momento vivimos bajo el capitalismo —es cierto— como sistema de producción. Sin embargo, puede haber otros sistemas de producción, ha habido otros y han sido también patriarcales; también fueron sostenidos sobre el trabajo de los cuerpos de las mujeres. Luego, cuando vienen compañeras muy comprometidas y solidarias, diciendo: "Acabemos con el capitalismo. Ya veremos luego qué pasa con el patriarcado", "El problema es de clase", pues, resulta una mirada insuficiente. Podemos crear otras formas de producción, hasta otras formas de distribución de la riqueza, pero si no se piensa en los cuerpos de quién y cómo cuidan, paren, limpian, visten y alimentan a los cuerpos que producen y cómo esos primeros cuerpos sostienen esas producciones, seguirán siendo los cuerpos-trabajo de las mujeres los que sean los cimientos del futuro sistema económico, como ya han sostenido las rudimentarias economías en el neolítico, en el feudalismo, el esclavismo, en los intentos de socialismos fallidos y podrían sostener todos los que ocurran.

Entonces, primero, hay una cara del sistema que es la producción capitalista. Lo que hay que atender es que es un lado, apenas, del prisma, el cual puede mutar, se perfecciona constantemente. Por ahora, es necesario señalarlo por su carácter actual de pilar de este sistema. Lo conocemos, vivimos bajo su yugo:

Hay alguien, generalmente un hombre, que es el que se enriquece a partir de lo que otras personas producen. Esta producción puede ser de prácticamente cualquier cosa ideada por la mente humana: teléfonos celulares, zapatos, ropa, horas clase, comida, atención a clientes, frutas o verduras empacadas, carga o descarga de productos, transporte...

Eso que se produce, actividad, material o intervención en un producto directo de la naturaleza, se convierte en dinero a partir de su comercialización. Los dueños de los medios de producción utilizan una porción de ese dinero para pagar materias primas e infraestructura, aunque tras la pandemia y con el tele-trabajo, en muchas situaciones ya ni siquiera pagan la infraestructura que corre a cargo de quien trabaja y el medio de producción se convierte en un medio simbólico.

Otra fracción mínima del dinero obtenido por la comercialización del producto, se convierte en el salario de quien trabaja. Lo lamentable es que la remuneración salarial nunca logra pagar el valor del trabajo porque la creatividad, salud, fuerza física y emocional que dejó una persona que hoy trabajó, no tendrá forma de ser recuperada mañana. Al día siguiente, esa persona, invertirá un día más de vida y tendrá un día más de edad y de agotamiento que el día anterior. No hay forma de recuperar esa inversión humana. El salario, por lo tanto, servirá para que pueda tener tiempo de retomar fuerza, de reponerse de la jornada de explotación, mediante el alimento, esparcimiento y descanso —mal llamado "tiempo libre" —, techo, ropa, comida —a veces suficiente, otras, insuficiente—, pero que de una manera u otra le permite seguir con vida por un tiempo para continuar produciendo.

Así, el capitalista, el que ostenta el capital, acrecienta su propia riqueza con el valor excedente del trabajo que no paga a la persona asalariada. A eso se refiere la noción de *plusvalía*: una persona que trabaja genera un valor superior al salario que recibe y a que las elites sociales ricas se apropian de esa plusvalía; por lo tanto, se alimentan y se enriquecen, literalmente, a costa de cada día de la sangre, sudor, creatividad y esfuerzo de quienes trabajan. Aquí estriba la tensión directa entre el capital y la vida, pues es vida de lo que se apropia el capital.

Este sistema de producción no sería posible sin la explotación a la naturaleza. Nada se produce en este sistema sin apropiarse-robar lo que hay en la naturaleza. No hay producción sin abusar de los animales, sin abusar de lo que hay adentro del mar o del bosque, sin hacer hoyos en la tierra para extraer los minerales, sin agotar los hidrocarburos. El capital no tiene de donde producir si no hay plantas medicinales que convertir en fármacos, si no hay árboles que talar para crear lujosos adornos o artefactos de madera, si no hay oro que convertir en joyas lujosas para cierta clase de persona, sin agua que robar en trasvases, sin turismo contaminante en las selvas, sin organismos que modificar genéticamente...

RACISMO Y COLONIALISMO

No podemos apreciar cómo funciona este sistema de extracción de la vida planetaria sin considerar que el capitalismo y, la explotación a la naturaleza, no son posibles sin el racismo.

Es necesario mirar cómo aquello que hay en la naturaleza y es ambiciosamente destruido-extraído, en mayor cantidad y con efectos más devastadores, se encuentra en los países periféricos y semiperiféricos. Casualmente, la mayoría de las personas de esos países tiene una característica muy coincidente: tienen la piel pigmentada, pieles negras, morenas, pero no sucede comúnmente en países cuya población tiene piel blanca.

Casualmente, las naciones con personas de pigmentación clara (y asiáticas en décadas recientes) son los lugares de donde provienen las grandes industrias explotadoras y son a donde van las ganancias de su extractivismo.

¡Qué coincidencia!

¿Qué elementos crean las condiciones necesarias para hacer posible que unas personas lleven a cabo la devastación de los lugares que otras personas habitan?

La respuesta tentativa que encuentro es la *desdignificación*. Dicho de otra forma, el despojo de la dignidad o de la dimensión de reconocimiento de humanidad para los pueblos que son saqueados, el vehículo para ello es el racismo.

Por supuesto, hay un discurso políticamente correcto de inclusión étnico-racial que no permite que se exprese que se considera inferior un color de piel respecto a otro. No obstante, hay un ejercicio implícito que, sin nombrar, hace carne y tierra el desprecio por el otro pueblo, por la otra.

Me explico:

¿Ustedes, cada día, se meten a casa de su vecina, abren el refrigerador, se comen su comida y se sientan en su sillón a ver la televisión?, ¿por qué no?

- —Porque es propiedad privada—, me responden en mis talleres siempre, ante estas preguntas.
- —Pueden acusarnos de robo, meternos a la cárcel, meternos en un lío legal.
- —También puede sacarnos a empujones de su casa e, incluso, puede golpearnos.

Bueno, eso sucede porque vemos una relación de poder, más o menos equilibrada entre nosotras y la vecina. Es, decir, su humanidad nos interpela.

Hay también esta norma de la *propiedad privada* que me dice que no puedo apropiarme de sus cosas. Hay este temor fundado a que pudiera lastimarme, si se enfurece y hay este mandato moral y legal de no abusar de la otra o del otro.

Por eso no vamos y nos apropiamos de lo que es de ella. Una pregunta interesante es, ¿qué ocurriría si pensáramos que nuestra vecina no existe como humana, no puede defenderse, no tiene derechos o no es digna de respeto?

¿Qué pasa si la desdignificamos⁵?

Si asumimos que la vecina no es digna, nos atrevemos a pasar por encima de ella porque no es nuestro par.

Esto pasa también con las naciones. Las naciones que no reconocen a otras la dignidad o la cualidad de ser respetadas, de su equivalente, su par, que se saben en desigualdad de fuerzas, consecuentemente, violentan a los países y comunidades periféricas y semiperiféricas.

Si los pueblos que habitan la periferia o la semiperiferia no tienen una fuerte protección legal internacional, no tienen fuerza bélica o suficiente organización de resistencia, si los gobiernos están colocados no al resguardo de las tierras sino al servicio de las grandes empresas trasnacionales, en consecuencia, cualquier dueño de industria colonialista/imperialista puede meterse a su tierra, a sus tierras

⁵ Anteriormente hablaba de *deshumanización*, pero pensando en que hay quien cree que puede abusar de los animales por no ser humanos, creo que podría aludir a la dignidad, merecimiento de respeto, de reconocimiento de valía.

sagradas, incluso, y abrirle los suelos y dejarlos sin agua, contaminados, deforestados... Puede hacerlo porque legal y bélicamente no hay quien se oponga realmente y, sobre todo, porque, moralmente, su entorno le respalda, ya que acabar con unos cuantos pueblos de herencia milenaria no implica nada porque son, justamente, insignificantes.

Así un hombre blanco o blanqueado, puede ir cualquier día a cenar con sus nietos blancos en franquicias explotadoras y regalarles teléfonos celulares que costaron la caída de una herencia cultural y la miseria para la vida de niñas y niños no blancos, sin el menor remordimiento.

Es por lo que la explotación de la naturaleza no sería posible sin el racismo como componente ideológico introyectado en el razonamiento que ha sostenido las acciones de saqueo y rapiña en una historia, ya, por centenas de años desde naciones colonizadoras sobre pueblos colonizados y que continúa sucediendo cada día.

Esta es la función del racismo, ser el piso ideológico sobre el que se sostiene la imposición de la colonia sobre otros a quienes saquea.

El capitalismo, los capitalismos⁶, no pueden producir sin la explotación de la naturaleza, la cual, a su vez, no puede ser explotada sin los colonialismos/imperialismos sostenidos en el racismo.

Otro engrane de la misma maquinaria es el racismo introyectado, racismo que ha sido inoculado profundamente en los pueblos, que crea las condiciones para que el colonialismo no deje de suceder como un ejercicio continuado de poder.

Los pueblos soñamos con el *desarrollo* y el *progreso*. El desarrollo y el progreso son los mellizos blancos, hijos tiernos y orgullosos del colonialismo y el neoliberalismo.

6 Hay lecturas que hablan de varios capitalismos, pero me refiero al capitalismo como forma hegemónica de producción.

El paradigma del progreso surge en el siglo XIX para significar en el discurso político que todos nuestros empeños como comunidad deberían encaminarse hacia la modernidad y la racionalización, desde el positivismo. Situación que implica la industrialización de la economía, la urbanización de la población y la utilización de la tecnología para simplificar las tareas cotidianas. Por su parte, el paradigma del desarrollo surge al final de la Segunda Guerra Mundial y con él se elaboran nuevos conceptos como el del *subdesarrollo*, condición que tuvo como resultado la existencia de una categoría de naciones y personas que ha perdurado hasta nuestros días (Esteva,2000). Aun cuando en los últimos tiempos se le ha agregado adjetivos como "desarrollo humano" y "desarrollo sostenible", aun cuando intenten dulcificar el nombre, sigue significando la persecución de un horizonte impuesto por las naciones dominantes.

El desarrollo y la idea de progreso son a los pueblos lo que es el amor romántico a las mujeres:

Una promesa de bienestar edulcorada que sirve para extraer sus recursos, apropiarse de sus hijas e hijos y explotar sus capacidades de trabajo hasta el día en que mueran.

Cuando le preguntamos a la gente, desde los imaginarios colectivos, responde que el desarrollo y el progreso, son los *malls* —centros comerciales con aire acondicionado—, las calles pavimentadas, la posibilidad de consumo, la luz eléctrica, los hospitales (aunque no puedan pagarlos), las escuelas (aunque sea privatizada la educación). Todas esas cosas que les hacen sentir que hay una relación, un *casi* alcanzar el estatus del modelo impuesto por la colonia. Mientras tanto, todo aquello que no es o no se parece al estatus del modelo parece inferior, parece menos.

Además del sueño de contar con infraestructuras parecidas a los modelos de las naciones del centro, se inscribe el deseo de ciencia positivista. Aquella que se apega a la experimentación, prueba-error, aunque esas pruebas y errores ocurren generalmente sobre los cuerpos de las personas empobrecidas y racializadas, y aunque los estudios, experimentos y publicaciones que se realizan, casi en su

totalidad, estén financiados por grandes industrias extractivistas-colonialistas y, por ende, muy útiles a sus intereses. Por ejemplo, la influencia de Nestlé en las cátedras sobre alimentación y salud, en los hospitales y en la política sanitaria internacional. Por supuesto, todo lo que viene legitimado por la ciencia hegemónica se convierte en saberes incuestionables. De tal forma que la oposición o los cuestionamientos suelen ser estigmatizados y calificados como *retrógradas*, *premodernos* o *poco avanzados*.

Se construyen imaginarios sociales en donde las calles no pavimentadas, el color de piel de las habitantes originarias, el modo de construir, de cocinar, de decorar, de vestir, cualquier costumbre o tradición, las ideas, los sueños, las leyendas, las formas de organizarse, la forma de curarse o enfrentar las enfermedades, los saberes ancestrales, cosmovisiones y principios de vida, parecen menos, se inferiorizan, porque no se asemejan al sueño del progreso. O bien, si no pueden erradicarse, se exotizan, se hace apropiación cultural y se comercia con las manifestaciones culturales de las comunidades.

Diana María Martínez, compañera socióloga de Nicaragua, comenta para este documento que en dicho proceso se ponen de manifiesto sesgos etnocéntricos típicos de la cultura occidental que desvalorizan lo propio, lo auténtico, lo nuestro, seguido de la tragedia agroalimentaria que padecemos, de haber sido despojadas de las semillas y el cuidado histórico que hemos hecho las mujeres a lo largo de la historia y, por eso, una estrategia para reencontrar el camino es impulsar la agroecología como sustitución del modelo depredador que nos ha impuesto el sistema agroalimentario globalizado, sistema que además de ser etnocéntrico, es antropocéntrico, es neoliberal y colonizador.

Como pueblos, también nos la pasamos persiguiendo el horizonte impuesto por la ambición de los poderosos. No es que sean los gobernantes, no es que sea el Estado en abstracto: somos nosotras también, inoculadas, soñando en alcanzar la ilusión ofrecida por el desarrollismo, vivir en la forma que ellos dicen que es comodidad, belleza, bondad: consumo.

Se trata de mi abuela insistiendo a mi madre en no hablar su lengua, porque piensa que, si la nieta habla bien el castellano, sin acento —sin el canto dulce de la lengua de la abuela—, entonces traerá el progreso. Es decir, será aceptada en un mundo que desprecia esa lengua y todos los saberes e historia que lleva con ella.

Lo nudo del lazo sostiene que muestro es que un que colonialismo/imperialismo/extractivismo sobre los pueblos más oprimidos es el racismo de los gobernantes y naciones opresoras. El segundo nudo que nos ata por el cuello a aquellas que habitamos el Abya Yala⁷, está tejido, en mayor o menor grosor, por el desprecio de lo que somos, de donde somos, por la memoria —siempre silenciada— de la línea genealógica de pueblos oprimidos.

El racismo no es producto de ninguna casualidad histórica. El desprecio por los saberes originarios, las costumbres de los pueblos originarios y colores de piel, se

7 Utilizo la denominación Abya Yala para referirme al territorio que, tras la llegada de los europeos, fue nombrado América por los colonizadores. Abya Yala para el pueblo Kuna, pueblo que hoy en día habita la región al sur de Panamá y el norte de Colombia significaría: "tierra madura, tierra de sangre". También, he encontrado que Abadio Green Stocel, indígena Tule o Kuna (2010), explicó que la denominación se compone de "Abe", que quiere decir "sangre", y "Ala", que es "como un espacio, un territorio, que viene del orificio de la Madre Grande". Aun cuando es probable que en su concepción original, el pueblo Kuna no se refiriera a todo el continente, sino a la región que concebía a partir de su interacción con otros pueblos y aun cuando los diferentes pueblos originarios que habitan el continente atribuyeran nombres propios a las regiones que ocupaban "Tawantinsuyu" para el imperio Inca; "Cem Anáhuac" para el territorio conocido por el imperio Mexica o "Ixachilan", refiriéndose a todo el continente; "Pindorama" para el pueblo Guaraní, la expresión "Abya Yala" es cada vez más usada por los pueblos originarios de la región desde una postura anticolonial y decolonial que da espacio a la creación de una noción de subjetividad colectiva de reconocimiento y hermandad en esta resistencia, en contraposición a la apropiación de nuestros territorios desde la denominación impuesta: "América". La primera vez que la expresión fue explícitamente usada con este sentido de unidad política de recuperación nominal de nuestra tierra fue en la II Cumbre Continental de los Pueblos y Nacionalidades Indígenas de Abya Yala, realizada en Quito en 2004 y ya para 2007 en la III Cumbre Continental de los Pueblos y Nacionalidades Indígenas de ABYA YALA, realizada en Iximche, Guatemala, como se lee, se autoconvocan explícitamente desde la noción de un Abya Yala. Cabe acotar que en esa misma cumbre se creó la Coordinación Continental de las Nacionalidades y Pueblos Indígenas de Abya Yala "como espacio permanente de enlace e intercambio, donde converjan experiencias y propuestas, para que juntos enfrentemos las políticas de globalización neoliberal y luchar por la liberación definitiva de nuestros pueblos hermanos, de la madre tierra, del territorio, del agua y de todo patrimonio natural para vivir bien".

construye y refuerza insistentemente, a partir de las narrativas y actitudes de propios y extraños; hay una construcción, apenas nacemos con la piel pigmentada, del racismo, porque sirve:

- 1) Para mantener/justificar psíquicamente la existencia de opresores y oprimidos (lo blanco como bello, como bueno. Ideas introyectadas como noción de existencia cotidiana).
- 2) Para incentivar la persecución de los mandatos con el sueño del desarrollo y el progreso, a ver si un día nos *blanqueamos* lo suficiente.
- 3) Para arrancarnos, poco a poco, la identificación con la tierra de la cual provenimos y, consecuentemente, poder venderla, poder vendernos a nosotras mismas y a las generaciones venideras.

Lo que estoy tratando de poner sobre la mesa es el recelo necesario sobre qué será aquello que tan desesperadamente desean extirpar de la conciencia de quienes padecen los embates de la azucarada promesa del mundo de los depredadores.

Mi sospecha es que uno de los últimos bastiones de los saberes originarios es la certeza de la tierra como entidad viva. Que en la generalidad de las poblaciones racializadas, entre los saberes, entre las leyendas, entre las costumbres, en el centro de las más poderosas cosmovisiones hay un sentido en común, una consigna que se repite:

"La tierra no nos pertenece, pertenecemos a la tierra".

La tierra es nuestra ancestra directa. Ella nos da vida, agua, casa y alimento. Por ello, quienes habitamos hoy esta tierra, este lugar concreto en ella, estamos cuidando este territorio porque, antes, lo cuidaron para nosotras las mujeres que aquí residieron. Este árbol que está sembrado desde tiempo anteriores a mi nacimiento, este río que corre desde hace cientos de años, eran parte ya de la vida cotidiana de mis abuelas, no *suyos* con el sentido de propiedad, sí acompañantes en el sentido de existencia a un tiempo en la armonía de los ecosistemas. Por lo tanto, de igual manera yo estoy, en reciprocidad, al cuidado de esta tierra, alimentándome de ella, sin que estas tierras me pertenezcan porque han de ser el

sustento y cobijos de las siguientes generaciones, de las niñas que nacerán mañana.

De modo que, ante esta concepción ética y política del mundo, la idea de la *propiedad privada* es muy absurda, porque el lugar donde piso, como y duermo no es mío, es de todas. Este es un punto nodal, la imposibilidad de la propiedad de la tierra; esta idea es bastante estorbosa para la idea del desarrollo y el progreso.

Porque el primer paso para que llegue la ansiada tecnologización y sofisticación que hará cualquier lugar del mundo parecido al sueño de desarrollo y progreso —un McDonald's o Starbucks en cada esquina del mundo— tiene que prospectar ganancias para quien invierta en ello. Para que esas ganancias puedan obtenerse, es necesario comprar este pedazo de tierra, este río, este árbol, etc. para que podamos matarlos, pavimentar y construir un nuevo *mall*.

El hecho histórico es que mediante la utilización de estos paradigmas se ha devastado a muchos pueblos (occidentales y no occidentales) y a la vida en ellos.

Los megaproyectos de desarrollo son un proceso de inversión de que significan transformaciones en cómo se usa la tierra. Por ejemplo, la tierra que era usada para sembrar comida para la gente se convierte en aeropuertos para que las personas que pueden pagar un boleto de avión viajen con comodidad. Por lo tanto, se expropian o se compran las tierras —a obligado bajo costo o en franco despojo— a quienes la cultivaban. En resumen, esos proyectos llevan implícita la deforestación, el envenenamiento de la tierra, depredación de especies endémicas y peligro de extinción, contaminación del aire y agua y desplazamientos forzosos de comunidades, así como apropiación de sus recursos.

Para que todo ello ocurra, las naciones opresoras necesitan hacerle saber a la población oprimida que eso que conocen, que viven y que ha alimentado a generaciones es superstición, es tontería, es ignorancia.

Se necesita que renieguen de sus saberes. Por ejemplo, se requiere del desprecio al uso de las plantas originarias para curar, no porque no sirvan, sino para poder venderlas industrializadas, que eso es el desarrollo y eso es el progreso.

Si se logra que la propia comunidad desprecie la tierra que le pertenece, en consecuencia, se puede extraer su riqueza, no habrá quién la defienda, no habrá quién haga resistencia, no habrá quién interpele. Que los pueblos olviden el valor de vida que sostiene, que desprecien la tierra; significa que puede ser envenenada, excavada, separada en fracciones y comercializada en esas fracciones en nombre del progreso.

Igualmente pasa con el cuerpo de las mujeres, que, tras hacerlo ver indigno desde nosotras mismas, puede hoy ser fragmentado, negado y explotado en nombre de lo *progresista*. Por ello, desde las altas esferas se insiste una política de desprecio a los saberes originarios; por eso, desde las altas esferas se ordena una política de misoginia como labor cotidiana del sistema. Estos son dos aspectos de la guerra invisible que han emprendido los sembradores de la muerte planetaria. Para hacer resistencia, hay que hacerlos visibles todo el tiempo.

No es que el racismo exista *per se*, tiene una funcionalidad dentro del sistema mundo patriarcal.

ADULTOCENTRISMO

Siguiendo este orden de ideas, combatir el racismo-colonialismo-explotación de la naturaleza-capitalismo no sería efectivo sin combatir al adultocentrismo.

El poder relacionado con la edad parte de la capacidad productiva y reproductiva de los cuerpos, se relaciona con la visión y construcción capitalista del lugar diferenciado que ocupamos de acuerdo con nuestra edad en el mercado laboral.

Adultocentrismo es el adulto como el centro de la producción. Cuando digo *adulto*, estoy diciendo aquel hombre que no es un niño ni un anciano.

Es una visión política completamente distinta a la planteada en líneas arriba, en donde la tierra sería el centro de todo hacer y ser. Adultas mayores y niñas tienen un lugar significativo para esa mirada porque el sentido de vida es herencia de las ancestras que enseñan sobre ella y, a su vez, será herencia para las vidas futuras. Una visión de unidad del tiempo y del espacio, mientras que, en la demanda capitalista, es el hombre productivo el centro de una visión de túnel sin sentido espacial ni histórico.

Es el que en el imaginario colectivo va al mercado de la producción. En el ideario de las personas aparece el obrero que va a su fábrica o el *señor* que va a *producir* en cualquier actividad económica que realice.

Es decir, el centro simbólico del mundo actual es el hombre que trabaja y obtiene un salario o *ganancia*, si es un empresario o alguien que trabaja sembrando o elaborando algún producto por su cuenta. Para ese sujeto-centro y para criar y crear sujetos como él, se elaboran las leyes, los productos que se venden, la atención a la salud, la educación y la religión.

En tanto, los adultos mayores —dependiendo de las energías y recursos que conserven-, las adultas mayores, las abuelas, dadas variaciones en fuerza física o agilidad mental, desde luego, ya no son el centro de la producción, por lo tanto, son desechables, arrojadas del centro simbólico de valor en el mundo hasta los extremos, nuevamente las periferias.

Es común el desprecio a quien ha llegado a la ancianidad. La idea implícita de que los adultos y adultas mayores son prescindibles permite centrarnos como sociedades en el hombre; de hecho, las campañas anteriores a la pandemia de "darles trabajo a los adultos mayores" para que empacaran en Wal-Mart o trabajaran en Starbucks u otras grandes franquicias no era, desde luego, un gesto de altruismo. La exprimidora gigante de sangre humana sólo estaba oprimiendo para alcanzar las últimas gotas, un poco más, para estirar el tiempo de la producción, antes de que no quedara nada para extraer.

El capacitismo entra aquí, emparentado con el adultocentrismo. Aquellas personas que no pueden ser el centro de producción por razones físicas o mentales también parecen ser prontamente desechables, no sin antes intentar exprimirles lo posible. Ahora están buscando como integrarlas a la producción, en las franquicias de materias primas, en las tiendas de conveniencia, para que corten telas, acomoden cajas o actividades similares. Nuevamente, en franquicias o en grandes industrias y la excusa del Estado es que esto dignifica la vida de las personas. Yo me pregunto, ¿por qué no es arte? ¿Por qué no son estudios? ¿Por qué no son otras cosas que tengan que ver con la calidad de vida? ¿Por qué no se otorgan, por ejemplo, becas o fideicomisos que permitan su autonomía económica?

Lo que el sistema crea para ofrecerles son formas de explotación. Ahí hay una trampa muy grande.

Con la pandemia, estos sectores de la población fueron los más afectados, los primeros en salir del mercado y con más pérdida de independencia económica, social y de movilidad. No es casualidad.

Por otra parte, los niños y, sobre todo, las niñas tampoco son el centro de la producción. Su valor radica en el lugar que un día ocuparán en el sistema productivo, para ello se les vacuna, educa y alimenta. Por supuesto, el lugar de privilegio en familias, escuelas y sociedades se asigna a los niños en medida que algún día serán hombres, el centro del mundo; las niñas son prescindibles. Por eso la tolerancia social, política y legal que hay ante sus violaciones, asesinatos,

desapariciones, porque pareciera que no hacen falta para el sistema devorador, hay muchas, podemos reponerlas en cualquier momento.

Una mirada veloz podría dudar de lo que asevero, pues la mayoría de las mujeres ahora participamos del mercado productivo. Sí, pero hay una diferencia que permanece invisible y ya es necesario evidenciarla:

Un varón es el centro de la producción porque tiene la posibilidad de disponer de su salario o de sus ganancias.

Un hombre cobra lo que ganó por una o más jornadas de trabajo, y de este dinero él dispone. Él decide cuánto gastar en zapatos, cuánto en el bar con los amigos, cuánto dar para gastos en la casa, si es tan generoso de dar. Cuando los hombres, aun recibiendo salario, no aportan para la manutención de la familia, se naturaliza.

De acuerdo con datos de la ONU (2018) relativos a 89 países, muestran que hay 4,4 millones más de mujeres que viven en la extrema pobreza en comparación con los hombres y la mayoría de ellas se han hecho cargo de sus familias. Este dato es consistente, cuando en el Abya Yala hay familias acostumbradas a no contar regularmente con aporte de los hombres o directamente, están sostenidas sólo por mujeres. Ellos poseen su salario y determinan su destino.

Las mujeres, en una generalidad, no disponemos de nuestros salarios⁸ o ganancias. No tenemos autonomía económica ni sobre el producto de nuestro trabajo, vamos

8 La ONU (2018), declara respecto a que la mayoría de las personas en pobreza extrema son las mujeres: "Gran parte de esta desigualdad se explica debido a la carga desproporcionada del trabajo doméstico no remunerado que enfrentan las mujeres". Ellas aportan su cuerpo-trabajo para el bienestar del entorno, pero no reciben salario por ello, el detrimento en sus fuerzas, recursos y oportunidades es consecuente. Ante ello, Silvia Federici (2108) explica que la exclusión del salario sobre el trabajo reproductivo, a pesar de que es central para la acumulación capitalista, otorga poder a unos y lo sustrae a otras, al mismo tiempo que desvaloriza ese mismo trabajo, lo cual construye las desigualdades de poder que mantienen al capitalismo funcionando. Esta situación se complejiza cuando acceden al mercado laboral ya que, de acuerdo con Alicia Garrido, el trabajo de aquellas de con presunta capacidad paridora se considera complementario al doméstico. Incluso, se atribuyen los puestos relacionados con los roles de enseñar, cuidar, etc. "La atribución del carácter voluntario al trabajo remunerado de las mujeres convierte en obligatoria la dedicación de éstas al trabajo no remunerado" (2000:28). Por ejemplo, en México, el 98% de las que trabajan asalariadamente, combinan ese trabajo con las labores de casa, de acuerdo con la Encuesta Nacional

y cobramos nuestro cheque quincenal, semanal por el trabajo asalariado que realizamos, hasta podemos invertirlo, reinvertirlo o ahorrarlo, pero, debido a los mandatos de la feminidad no disponemos de él. El salario de las mujeres no es de ellas, es de sus familias. Desde luego, una trabajadora requiere parte de ese salario para ropa, traslados, subsistencia, pero no dispone libremente de él ya que se espera de ella que lo utilice para apoyo y cuidado de los otros, que se emplee para alimentos comunes, servicios, para allegar de recursos a sus cercanos. Aún en el caso de las solteras, se espera que lo utilicen para el cuidado de la mamá, para el abuelo enfermo, que apoye a los sobrinos... Cuando una trabajadora decide qué hacer con su salario sin considerar las necesidades de sus allegados, es socialmente sancionada, se le llama egoísta.

Esta es la diferencia: el hombre decide, desde su disposición del salario, incluyendo cómo lo comparte, lo asigna o se relaciona desde el poder económico con quien realiza el trabajo reproductivo y las mujeres no deciden sobre él, porque la obligatoriedad del cuidado de los otros se lo exige. Esta situación se traduce en poder simbólico, en cómo vemos y sentimos la importancia de los hombres en la vida pública y en nuestras familias y en poder concreto adquisitivo y de autodeterminación. Hace la línea divisoria para muchas mujeres, por ejemplo, respecto a decidir dejar al marido maltratador, en dónde vivir, qué comer, a dónde ir sin la intermediación de él.

de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH) del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) en 2018. Una consecuencia de la infravaloración del trabajo de ellas y de la consideración de que esta tarea es voluntaria es que las trabajadoras ganan en promedio el 84 por ciento de lo que ganan los hombres. En el caso de las racializadas, las inmigrantes y las madres, la diferencia es mayor, explica ONU Mujeres (2020).

Entonces, el trabajo del hogar no es remunerado ni recibe pensión por vejez ni pensión por lesiones ni seguro médico —aun siendo un trabajo propenso a accidentes— ni compensación por despido. Igualmente, cuando accede al mercado laboral, se infravalora esa labor productiva y se sigue imponiendo socialmente el trabajo no pagado de cuidado y servicios que se exige a todas. Además, el salario al que deberían acceder es menor que el de los hombres. Lo que hago explicito aquí es que, agraviando el panorama expuesto, el deber de cuidado y de servicios impuesto psíquicamente en aquellas que han nacido con vulva en el patriarcado no sólo se expresa en el cuerpo-trabajo de lo cotidiano, también se manifiesta disputando el salario obtenido por el trabajo productivo.

Es por lo anterior que lo que se produce en el mercado capitalista, es diseñado para los hombres, para su comodidad, para su atención, para su placer, para su consumo. Incluso, aquello que parece no estarles destinado. La publicidad está llena de lápices labiales, perfumes, lavadoras y jabón que lava bien los platos, pero ninguno de esos productos es para las mujeres, son utensilios para las mujeres en sus labores...en el servicio de ese señor. Aun cuando lo paguemos las mujeres, lo compremos, los usemos y hasta lo decoremos, pocas cosas de las que se adquieren son concretamente para nosotras.

Incluso los juguetes, la ropa o la diversión para niños o para niñas cumplen la función pedagógica de enseñarles cuál será su función de acuerdo con su sexo en la vida adulta. Por eso tantas feministas tratan de combatir esa asignación de colores y de juguetes.

¿De qué manera se dan las condiciones para que un hombre cumpla su trabajo en el simbólico centro de la producción y, desde ahí, pueda funcionar todo el sistema de explotación del mundo?

LA DIVISIÓN SEXUAL DEL TRABAJO

Aunque no se traduce en un salario para nosotras, producimos ni más ni menos que el producto más precioso que puede aparecer en el mercado capitalista: la fuerza de trabajo. El trabajo doméstico es mucho más que la limpieza de la casa. Es servir a los que ganan el salario, física, emocional y sexualmente, tenerlos listos para el trabajo día a día. (Federici, 2018:30)

La división sexual del trabajo nos remite a cómo se asignan a personas con determinados genitales, primordialmente, las labores de producción y cómo a otras se les imponen las de reproducción. Cuando hablo de reproducción es desde la mirada materialista y lo que quiero decir no es de la dimensión de parir crías, como algunas personas interpretan la *reproducción* humana. Lo que afirmo es que hay labores de cuidado (y de servicio) que logran que las personas permanezcan con vida: descansen, coman, estén higienizadas, sean atendidas durante sus enfermedades, sean escuchadas y contenidas emocionalmente, reciban gestos de afecto, que los objetos del hogar se mantengan en funcionamiento para su bienestar. Asimismo, esos trabajos de cuidado y servicio se ocupan de que aquello que se elabora en los centros de producción no sólo sirva cuando se consume, sino que se multiplique por medio del uso reiterado. Un ejemplo: cuando se fabrican platos. De la venta del producto, el capitalista obtuvo plusvalía y pareciera que el objeto vendido cumplió su fin en el ámbito del mercado, pero, para que el plato cumpla su función de plato, alguien tiene que lavarlo, secarlo, guardarlo en un lugar en donde no se rompa, sacarlo para servir la comida y, cuando haya sido usado para contener alimentos, volverlo a lavar, a secar y a ponerlo en su lugar de resguardo para que sirva, una y otra vez, porque casi ningún salario alcanza, ni debería ser, para adquirir un nuevo plato, taza, ropa y cobija cada vez que se ocupan. Hablo del trabajo de quien se encarga de que los productos del mercado sean utilizados y reutilizados en el servicio del hogar.

El tema al que hay que poner atención es que el trabajo reproductivo, se concibe en los cuerpos-trabajo de aquellas que han nacido con una presunta capacidad paridora, la exigencia social es sobre los cuerpos de las mujeres.

No importa que esta mujer también vaya al mercado de producción. No se exige de igual manera, a uno y a otra, que cumplan las labores reproductivas.

Aun cuando algunos hombres hoy se suman a las labores del hogar, esto no ocurre de forma estructural y son extra valorados sus aportes.⁹

Por ejemplo: un hombre y una mujer oficinistas, entorno urbano contemporáneo. Hipotéticamente, han estudiado lo mismo, trabajan en el mismo lugar, con un horario de 9 a 5, llegan a casa cansados y sin ganas de cocinar, piden pizza, al siguiente día piden sushi, al día siguiente piden tacos y se la pasan alimentándose de tacos, sushi y pizza. Al llegar el fin de semana, la casa está desordenada y llena de cajas que nadie ha recogido ni limpiado. Nadie ha lavado la ropa sucia de la semana, tampoco barrido, trapeado ni sacudido. Los dos trabajan en lo mismo e, idealmente, ganarían lo mismo; los dos comieron pizza y sushi. Socialmente, ¿quién va a ser sancionada porque la casa esté desaseada? ¿Por qué se le sanciona a ella y no a él?

Se pone sobre ella toda esta carga. A él le dirán: "Búscate una mujer de verdad, que sepa hacer la limpieza". Si se separan, habrá voces que a ella le reprocharán: "Es que no supiste cuidarlo, no supiste atenderlo" ...

9 La participación en tareas del hogar no quiere decir que hagan las mismas tareas hombres y mujeres. Ellos se ocupan de los trabajos menos desagradables. Por ejemplo, una encuesta publicada en Argentina en 2019 señala: "En las tareas de limpieza consideradas las más importantes o dificultosas, la brecha de trabajo es mayor: limpiar los baños presenta una brecha de 24 puntos, mientras que limpiar los pisos y la cocina presentan una brecha de 19 y 18 puntos respectivamente" (Peker, 2019). Los hombres que participan en labores de cuidados y servicios lo hacen en menor número de horas. De acuerdo con la ENIGH (2018), aproximadamente 4 de cada 100 de hombres se dedican exclusivamente al hogar, mientras que casi 20 de cada 100 mujeres lo hacen. Las labores que hacen esos 4 hombres ocupan, en promedio, 20 horas menos por semana que las que realizan cada una de esas 20 mujeres. Esto quiere decir que un hombre que por desempleo o por elección propia se esté haciendo cargo de un hogar, no hará más allá de lo básico para mantener el orden durante la semana, mientras una muier que se dedica al hogar trabajará 20 horas más, haciendo mucho más allá de lo elemental. Además, los hombres, por hacer trabajos del hogar, son socialmente premiados y elogiados, los capitalizan. "Él cuida a los niños, él lava los platos, es un ejemplo de hombre", son reconocimientos que no podría esperar una mujer por hacer lo que, de todos modos, se esperaba de ella.

También puede pasar que le paguen a otra mujer que haga esta labor, claro, es cuestión de clase. Lo que no hay es la posibilidad de pensar el trabajo de cuidados y servicios, sin que se deposite en las espaldas de una mujer. Por eso, incluso, cuando lo pagan es a otra mujer, pagos siempre subvalorados.

He estado en espacios en donde pregunto: "¿por qué no le pagan a un hombre para que lave los calzones sucios?". Las oyentes sonríen, como si fuera algo imposible, la sola imagen es una irrupción. Si nos reímos es porque en nuestra mente resulta inconcebible, parece una distorsión en nuestros pensamientos, porque hace miles de años *sabemos* que las espaldas de las mujeres son las que tienen que sostener este trabajo.

La división sexual del trabajo no es igual en las diferentes partes del mundo, depende de las necesidades económicas, políticas y culturales del entorno, pero sí es una constante universalizable el que se reparten las tareas y las valoraciones sociales de esas actividades de acuerdo con aquello que en las décadas recientes hemos llamado *género*.

SOBRE EL GÉNERO

En 1955, John Money, autor de al menos un éticamente dudoso experimento con humanos sobre este tema, usó el término "rol de género", *gender role*, para describir los comportamientos asignados socialmente a los hombres y a las mujeres.

En 1968, Robert Stoller concluyó que la *identidad de género* no es determinada por el sexo biológico, sino por las experiencias, ritos y costumbres atribuidos a lo femenino o lo masculino.

Teresita de Barbieri (1992) narró cómo en los años 70 y 80 en la academia se introdujo *género* para las ciencias sociales, como categoría de análisis para distinguir las características biológicas (hormonas, cromosomas, anatomofisiología) de lo que la sociedad impone sobre quienes tienen esas características, de tal manera que se permitió señalar que las imposiciones sociales no son inherentes a una *naturaleza femenina*.

En 1975, Gayle Rubin habló de un *sistema de sexo/género*, según el cual el género marca cómo se va a percibir socialmente y cómo se organiza toda la vida social a partir de la diferencia sexual entre las personas.

Whitehead, en 1979 escribió que las relaciones de género pueden ser de oposición y conflicto. Dado que estos conflictos están determinados socialmente, pueden adoptar formas muy distintas en diversas circunstancias y que adoptan la forma de dominación masculina y subordinación femenina

El género es, por tanto, la construcción psico-social de lo femenino y lo masculino, dice Emilce Dio Bleichmar (1985).

Joan Scott, en 1986, agrega al análisis que el concepto *género* comprende *símbolos y mitos que lo construyen*, normas que dan significado y sentido a lo que crean esos símbolos, instituciones y organizaciones que lo posibilitan.

Todo esto implica que hablar de género no es que se trate sólo de un proceso de diferenciación, de asignación de distintas labores; es que la valoración y acceso

diferenciado a tareas, recursos y posición social, es la creación de asimetría de poder.

Este breve recuento sobre el género como categoría de análisis, lo utilizo como preludio a una pregunta que deseo introducir:

¿Para qué ha sido necesaria la creación de los mandatos sociales que operacionalizan la feminidad y a la masculinidad —el género—, la diferenciación que desequilibra el poder entre unos y otras?

Rumbo a aventurar la idea que planteo, voy a hacer algunas observaciones:

a) Estos mandatos cambian de acuerdo con el lugar geográfico en el que habitan los sujetos.

Por ejemplo, hay comunidades en donde a los hombres se les asigna tejer canastas y es considerada una actividad masculina. Hay lugares en donde a las mujeres se les asigna tejer canastas y es considerada una actividad femenina. Hay códigos de vestuario que están considerados ideales para la feminidad en un entorno, por ejemplo, en un sitio de tierra caliente, el usar poca ropa y escotes. Mientras que, en otros lugares, el mandato de género castigaría ese vestuario por ser poco recatado, poco propio de la feminidad esperada.

Estamos diciendo que el género es una serie de mandatos sociales que resultan variables de acuerdo con la demarcación geográfica que habita una persona.

b) Igualmente, los mandatos de género dependen de la época en la que se habita.

Si hoy se apareciera frente a nosotras una mujer que vivió hace 200 años en este mismo territorio, tal vez, al mirar a quien esto escribe y a las que leen este documento, a primera vista, no reconocería a una mujer, hasta que identificara otras características que le permitieran saber nuestro sexo.

Esto obedece a que nuestra ropa, la forma en que cortamos nuestro cabello, nuestra actitud, nuestras actividades, incluso el poder leer y escribir, han variado en sus formas respecto a cómo se veían, actuaban y las actividades que realizaban las

mujeres 200 años atrás. Esto es, la feminidad y la masculinidad operacionalizadas como aquello que llamamos género cambian también con el paso del tiempo.

Si los mandatos de género tienen variaciones tanto en el lugar geográfico donde se llevan a cabo como en el espacio de tiempo en dónde son vigentes, esta es una pista interesante. Si cambian en lugar y temporalidad, pero, siguen significando desigualdad de poder en las relaciones sociales, ¿cuál es su sentido, por qué se repiten en prácticamente todas las comunidades del planeta?

La respuesta es que la razón de la construcción del género y lo que impone es de la dimensión económica-política. Sirve para que los hombres cumplan las funciones que dicta la masculinidad y las mujeres cumplan las funciones que dicta la feminidad, asignaciones políticas que implican el funcionamiento del sistema de producción dado y, por ello, se transforman cuando el sistema de producción requiere variaciones.

Por lo tanto, los mandatos de género existen para regular las relaciones entre los sujetos que habitan el planeta y en una sociedad determinada; en este momento en el mundo occidentalizado, con unos cumpliendo la función productiva y otras la función reproductiva, además de la productiva. El género sirve para hacer operar la división sexual del trabajo.

Dado que dicha economía política obedece a un sistema mundo que se ha erigido sobre los cuerpos-trabajo de las mujeres, la única variación que no ha de permitirse es la de la jerarquización de unos sobre otras para que pueda seguir ocurriendo la explotación que lo sustenta.

Por lo tanto, cuando desde el sistema se funcionalizan, promueven e incentivan las transformaciones de género, esto obedece a intereses del nivel de la ingeniería social. En efecto: el género es elástico, pero su elasticidad no depende de una *elección* individualista y caprichosa sobre lo que se desea hacer de él. En concreto, obedece a una serie de entramados sociales que lo refuncionalizan para lo que el mercado y la industria requieren.

Por ejemplo:

La incorporación de la mujer al mercado laboral se consideró: "un progreso, en tanto salió del ámbito doméstico e inició un proceso de mayor autonomía" (Kandel, 2016:4). No obstante, esta transformación de los *roles de género* no fue gratuita: "La *masiva* incorporación de la mujer al mercado laboral fue en un momento en el cual se necesitaba mucha mano de obra no cualificada". (Kandel, 2016:4).

Por su parte, Carmen Rodríguez explica: "El trabajo productivo de la mujer desde un primer momento fue rentable para el patriarcado y para el capitalismo debido a los bajos salarios que cobraban y a que seguían responsabilizándose de las tareas del ámbito privado, por lo cual no suponía un problema para el sistema" (2016:15). Esto es, la división sexual del trabajo permaneció intacta a pesar del acomodo de los mandatos de género.

Por lo tanto, se trata de cómo deben comportarse, vestirse y adecuarse a la producción aquellas que tienen un cuerpo nacido con vulva y que se presume en ellas una capacidad paridora, ello tanto para obtener plusvalía como para que se pueda seguir explotando su cuerpo-trabajo y cómo deben comportarse, vestirse y adecuarse a la producción aquellos que tienen un cuerpo que nació con pene para poder seguir obteniendo de él la plusvalía; todo ello con el fin de permitir que el sistema evolucione hacia las adecuaciones mundiales que el sistema está prospectando.

Comas d' Argemir escribe: "La división sexual del trabajo es universal, pero específica la forma que adopta cada sociedad, existiendo una gran variabilidad cultural" (1995: 32).

Los mandatos de género son aquellos mecanismos que posibilitan, facilitan y vuelven carne en las personas la división sexual del trabajo, de acuerdo con un proyecto histórico concreto. Laura Nuño resume: "Se permitió transformar las características biológicas en características políticas, convirtiendo la diferencia sexual en diferencia política" (2010:40).

Lo que ahora sabemos con certeza es que los mandatos del género crean desigualdad, despojan de poder y de autonomía a las mujeres. Ante ello, hay visiones *generistas*, que trabajan por crear la igualdad, equidad o inclusión de género, lo que, a la larga resulta un oxímoron, como si el género por sí mismo no existiera para garantizar la desigualdad, la inequidad, el desequilibrio de poder.

Por otra parte, hay quienes proyectan acabar con el género, *abolirlo*, pero desprecian las críticas al racismo, a la heterosexualidad, las luchas por la defensa del agua y de la tierra o anticapitalistas. Me parece una estrategia insuficiente porque no se puede combatir un elemento que hace operar al sistema sobre las personas sin considerar la necesidad de apuntar también a los pilares que lo sostienen.

En contrapartida, al servicio de las nuevas necesidades económicas de los poderosos del planeta, hay quienes proyectan que es posible diluir los mandatos de género en juegos de indiferenciación y de invisibilización, *desbinarizarlo*. Para ello, plantean llevar a cabo un asesinato simbólico de las mujeres como sujeto teórico-político (todos somos mujeres, nadie es mujer) o proceder a la propia mutilación de aquellas partes del cuerpo que les significarían ser *mujeres*. Tienen de su parte a los grandes intereses de las farmacéuticas y al sistema médico que se enriquece con intervenciones atrofiantes sobre cuerpos sanos y a personajes de la política que tienen oportunidad de disfrazar su misoginia, apuntalando al retroceso de los derechos de las mujeres y a una nueva era de silenciamiento.

Históricamente, se vuelven a someter y a negar los cuerpos de aquellas que hemos nacido con vulva y sus procesos fisiológicos; al tiempo en que se condena al despido laboral, a la ridiculización y al desprecio a quien desacuerde. Mientras eso ocurre, por supuesto, no se redistribuyen las tareas reproductivas dejándolas, esas sí, en el cuerpo-trabajo de las mujeres. Igualmente, se está potencializando la explotación y comercio de la sexualidad y la capacidad reproductiva de todas nosotras.

Lo absurdo y aterrador es la ferviente creencia introyectada en la población, gracias a inversiones multimillonarias en universidades y medios de comunicación

progresistas, que aseguran que esas prácticas y propuestas que no tocan la estructura que sostiene al sistema mundo, habrían de tener por consecuencia una especie de *liberación* del género como mecanismo de opresión.

Lo cierto es que, dadas las condiciones de producción en esta fase del capitalismo, bajo la ideología de la posmodernidad y del neoliberalismo, podríamos, en la distopía que se ofrece, cambiar el vestuario (hasta unificarlo para impedir saber quiénes son hombres y quiénes mujeres), las actividades, la entonación de voz o el peinado, envenenar o cercenar nuestros cuerpos en búsqueda de una supuesta indiferenciación, actuar y conducirnos como no se ha hecho en otros momentos de la historia. Eso no es más que un genial disfraz para la opresión sobre aquellas que tienen la presunta capacidad de parir porque esa presunta capacidad no va a desaparecer, ni se va a acabar el gran negocio que las industrias, los narcogobiernos (cualquier gobierno) y los hombres en general hacen con ella, con nuestra sexualidad y con el sometimiento de los cuerpos-trabajo de las mujeres. Entonces, la consecuencia de las nuevas sofisticaciones, la evolución contemporánea de los mandatos de género, hoy no-género, es que ese sometimiento sólo se vuelve más cruento porque está siendo obligatoriamente silenciado y vilipendiada la resistencia.

Voy a insistir en lo escrito líneas arriba, las funciones del género son esencialmente económicas, implican el funcionamiento del sistema de producción dado y, por ello, se adecuan cuando el sistema de producción requiere que se transforme. Lo que invito a mirar con sospecha es cómo esta transformación es necesaria para la producción de riqueza que en este devenir global se está configurando alrededor de una neo-explotación del cuerpo de las mujeres. Profundizaré en ello en el último apartado de este ensayo.

Hay algo más que deseo advertir, sobre lo que miro a mi alrededor escribiendo en México en 2022:

Probablemente el debate en el que se nos atrapa hoy a las mujeres sobre lo que habría de ocurrir al respecto, *la cuestión del género*, es un distractor ideado por quienes se dedican a la ingeniería y conducción de las sociedades, está sirviendo

para crear una visión de túnel en donde únicamente ponemos nuestra atención en ese punto. Es realidad que se trata de un engranaje necesario de atender, pero no es toda la maquinaria demoledora del patriarcado.

No hay capitalismo —ni ningún sistema de producción— sin explotación de la naturaleza, no hay explotación de la naturaleza sin el racismo que la permita, no hay racismo sin el adultocentrismo y no hay un adulto como centro de la producción si no hay una división sexual del trabajo y sin mandatos de género que hacen encarnar esa división del trabajo que implica al cuerpo-trabajo de las mujeres sosteniendo este entramado.

La pregunta consecuente es: ¿qué obliga a las mujeres a hacer todo ese trabajo?

HETEROSEXUALIDAD OBLIGATORIA

Todo ese trabajo que sostiene al mundo, tal como lo sostiene en este momento, lo hacen las mujeres.

¿Qué es lo que las convence de hacerlo?

¿Cuántos pañales cambian las mujeres, en promedio, por la crianza de uno, dos o tres niñas/os? ¿Qué precio tiene, en términos económicos, ese cambio de pañal? ¿Cuántos vómitos limpian las mujeres? ¿Qué precio tendrían estas labores llevadas a cabo por personal contratado para ello? ¿Cuánto se cobraría de forma justa por limpiar un baño? ¿Cuánto por la barrida, la trapeada, la limpiada de los muebles?

Las trabajadoras del hogar no reciben un pago justo por su labor, debido, precisamente, a la infravaloración social del trabajo reproductivo. Aun así, podemos pensar el costo de su trabajo como un referente. Un tabulador publicado por *Forbes*, de acuerdo con la organización Parvada (Mendoza, 2019) en México, señala que deberían percibir por 4 horas de actividades básicas de limpieza para un departamento de aproximadamente 90 metros cuadrados, un salario de 365 pesos y 668 por 8 horas de trabajo. Poco más de 90 pesos, seis dólares, la hora.

Si aplicamos el mismo criterio en México, tratando de calcular un aproximado del costo del trabajo de una mujer que se dedica al trabajo reproductivo en una relación heterosexual; es decir, que realiza todo el día en su casa en labores de cuidado y servicio, además de las de limpieza, pongamos 16 horas diarias, porque ni el tiempo libre es libre cuando se está cuidando, pensando 8 horas de sueño¹⁰, el costo de su trabajo reproductivo tendría que ser de 43,200 pesos al mes; 2,160 dólares, aproximadamente (el salario de una persona que dirige una alcaldía en la Ciudad de México).

Este trabajo se complejiza cuando hay que atender vómitos, excrementos, expectoraciones y otros fluidos corporales de las personas enfermas o cuando hay

10 Compañeras que han leído el borrador de este documento me piden anotar que esas ocho horas nunca son ocho, porque cuando se está en labores de cuidado, se alarga la hora de poder ir a la cama y, aún durante el sueño, se vigila el bienestar de las crías o de las personas a cargo.

que prestar ayuda para moverse. ¿Cuál es el costo en dinero, pero también en calidad de vida y en el desgaste que se vuelve crónico por las noches al lado del niño o la niña con fiebre y al otro día ir a trabajar en el espacio productivo? ¿Cómo le ponemos un precio a eso?

Todos esos trabajos escatológicos, que tienen que ver con la caca, con los vómitos, con los mocos, ¿cuánta riqueza le producen al sistema?

¿Qué nos convence de lavar por 7 años —que en promedio es lo que duran hoy los matrimonios— los calzones al marido? ¿Qué nos convence de atenderlo y de criar a los hijos en nombre de él durante veinte, veinticinco años subsecuentes?

El *amor romántico*, responden algunas. Todo eso lo hacemos por *amor*, es cierto. Nada hay igualable al amor que nos ponga a hacer ese trabajo. Pareciera que fuera agradable lavarle los calzones, pareciera que fuera satisfactorio dejarle limpio y brillante su desorden, en nombre del cariño que se le tiene. Una alerta que es necesario tener presente es que, si nos quedamos sólo en el análisis de la dimensión del amor, la conclusión a la que se llega es que cambiando las reglas del *amor* o distribuyendo mejor las tareas domésticas o buscando hombres *menos patriarcalizados* con quienes convivamos, sería suficiente. El punto que es necesario no perder de vista es que la prisión sigue siendo prisión, incluso cuando se le pinte de colores alegres, aun cuando parece que nos trata bien el carcelero. Le llaman *amor deconstruido*, pero sigue significando servicio, lealtad y cuidados al otro. Por cierto, habría que señalar de qué manera los hombres capitalizan el ser el *deconstruido*, cuando lavan los platos y qué otras formas de poder posibilitan con ello.

Podemos entonces intuir que, tal vez, hay otra cosa que está sujetándonos en este lugar. Que el amor romántico es un poderoso y decorativo ritual compensatorio, pero que los rituales compensatorios existen en la psique colectiva para paliar la angustia que nos provoca una situación difícil de enfrentar o que nos parece irremediable, tan terrible como es, por ejemplo, vivir bajo la tiranía de un régimen político inclemente y esto es lo que hemos visto, entre otras teóricas, las lesbofeministas: la heterosexualidad.

Así como hoy sonreímos cuando escuchamos que en alguna época se creía que la tierra era plana y amenazaban con la hoguera a quien profería la blasfemia de que, tal vez podría tener otra forma, así un día la gente futura sonreirá cuando escuchen que en alguna época se creía que la heterosexualidad era un asunto de deseo natural o de biología.

La heterosexualidad, entendida como la introyección en cada habitante de la tierra de una serie de ideas y mandatos sociales en los que pareciera que por orden o destino biológico un hombre y una mujer no consanguíneos están sentenciados a formar una familia como unidad de producción y reproducción que sirve y sostiene al sistema mundo patriarcal y que el deseo de vivir en esa unidad de producción o, cuando menos, frecuentemente ejercer el intercambio sexual entre dos personas de sexos opuestos son inherentes a la naturaleza humana.

Para este convencimiento actúan, en una dimensión, el régimen heterosexual¹¹ y, en otra, la heterosexualidad obligatoria¹².

En este lugar es importante pensarnos: el régimen heterosexual, indiscutiblemente, se impone sobre hombres y mujeres. Hay un mandato de organización social para hombres y mujeres de emparejarse, para que puedan distribuir las tareas de acuerdo con la división sexual del trabajo y puedan cumplir su papel productivo.

A los hombres que no cumplen con esa exigencia social se les aplica una sanción por irrumpir el orden en donde una mujer le debería facilitar ir al mercado laboral. Se les critica, cuestiona y hay casos muy mediáticos en que se les agrede o violenta. No se les castiga por vincularse con otro hombre, esa es la fraternidad patriarcal,

¹¹ Concepto acuñado por Monique Wittig en "El pensamiento heterosexual", escrito en 1978. en donde muestra que existe una estructura de la cual devienen una serie de instituciones procedimientos y valores que sustentan el poder de la heterosexualidad normando y controlando las sociedades contemporáneas, por lo tanto, su poder es político.

¹² Heterosexualidad obligatoria, es la "institución patriarcal que por medio de mecanismos de disciplinamiento y control, naturaliza la heterosexualidad como *deseo* para asegurar la lealtad y sumisión emocional y erótica de las mujeres respecto a los varones" (Rich, 1985:11) y yo agrego: con el fin de mantener los sistemas económicos y políticos que en esta lealtad y servicio se sostienen.

es porque romper el mandato de tener a una mujer haciendo el trabajo reproductivo, desequilibra la organización impuesta.

No obstante, también es necesario observar que, si no se apropian de una mujer en lo individual, siempre pueden apropiarse de las mujeres en su colectividad. Los hombres que desafían el régimen heterosexual pueden suplir la explotación de un cuerpo-trabajo en vinculación directa con la explotación de otras mujeres que contratan para hacer trabajos del hogar y, cuando viven en condiciones de precariedad, igualmente cuentan con madres, hermanas, primas, vecinas y otras que se prestan a defenderlos, maternarlos hasta la vejez y darles servicios y cuidados. Constantemente hay alguien, porque hay toda una dinámica social que se encarga de ello, que les resuelva este trabajo reproductivo y, ahora, hasta compran bebés de los vientres de las mujeres más empobrecidas. El sistema encuentra cómo mantenerse en ellos.

En tanto, las mujeres que desafiamos al régimen heterosexual no contamos con que alguien sustituya la ganancia del mercado productivo de un hombre. Nadie se ofrecerá para contrarrestar nuestra precarización con aportes económicos como se ofrecen para sustituir las tareas reproductivas en el caso anterior. La brecha económica que se acrecienta es la condena por no tener amo. Por supuesto, este castigo se suma a la condena social, al saqueo de nuestros saberes, a la invisibilización constante y a historias de violencia lesboodiante. Así mismo, los lesbocidios y los crímenes de odio contra lesbianas no producen indignación en los medios de comunicación. Todas esas diferencias no son cosa menor.

Es importante insistir en mostrar que sí hay un castigo, una sanción del régimen heterosexual a los hombres desobedientes, pero tampoco es el mismo castigo que se inflige sobre las mujeres desobedientes. Esta situación, por sí misma, es una pista de cómo la heterosexualidad es un mandato diferenciado para unos y para otras.

Por otro lado, es necesario reconocer la dimensión de lo que Rich llamó la heterosexualidad obligatoria (Rich, 1985:11). La heterosexualidad nada más es obligatoria para las mujeres. Las mujeres debemos amar a los hombres, a todo

sujeto nacido con pene (vivan con la *expresión de género* que vivan). Se nos inculca desde la cuna el protegerlos, atenderlos y cuidarlos.

En cambio, no hay hombres obligados a la heterosexualidad. El sistema mundo patriarcal es homosexual por excelencia. Es el amor entre hombres, en la política, en la economía, en la academia, en el arte... son hombres amando a hombres. ¿Que las mujeres de repente podamos colarnos ahí a grandes precios?, sí. Nos colamos a esos nichos de poder con grandes esfuerzos, pero la esencia de este mundo es el amor entre hombres, el sostenimiento del amor entre hombres, el cariño entre hombres. Apunta Marilyn Frye (1983):

Decir que un hombre es heterosexual implica solamente que él tiene relaciones sexuales exclusivamente con el sexo opuesto, o sea, mujeres. Todo o casi todo lo que es propio del amor, la mayoría de los hombres hetero lo reservan exclusivamente para otros hombres. Las personas que ellos admiran; respetan; adoran y veneran; honran; quienes ellos imitan, idolatran y con quienes cultivan vínculos más profundos; a quienes están dispuestos a enseñar y con quienes están dispuestos a aprender; aquellos cuyo respeto, admiración, reconocimiento, honra, reverencia y amor ellos desean: estos son, en su enorme mayoría, otros hombres. La cultura heterosexual masculina es homoafectiva; ella cultiva el amor por los hombres.

Es por esto que cuando vienen a decirme que un hombre vestido de colores o formas estrafalarias está dinamitando la heterosexualidad o me dicen que un pene introducido en el ano de otro hombre está haciendo explotar la heterosexualidad, yo miro incrédula. No, únicamente están encarnando la homosexualidad existente. No están dinamitando nada.

Los hombres no aman a las mujeres, pero las mujeres tampoco debemos amarnos. A las que se nos obliga a no amar a las mujeres es a nosotras, a no buscarnos entre nosotras, a no reconocernos entre nosotras. Por ejemplo: los hombres pueden ser denunciados por las peores atrocidades y siempre habrá otro hombre que le dé palmadas en la espalda, que lo sostenga y que lo acompañe.

A las mujeres acusadas de una insignificancia se las verá solas, desterradas del mundo, porque estamos acostumbradas a eso, porque eso es la heterosexualidad obligatoria: la lealtad a los hombres, el cuidado, la sobre atención a los hombres y la enemistad a las mujeres.

Nosotras somos quienes estamos sujetas a la heterosexualidad obligatoria, a servirles a ellos. Por lo tanto, somos nosotras quienes podemos oponernos políticamente al embate del mundo construido sobre la base angular de la heterosexualidad.

Antes de hablar de esta oposición antisistema, debo hacer una aclaración sobre el mito de la necesidad de la heterosexualidad para mantener la vida humana:

Si nos ponemos estrictamente biologicistas, las relaciones coitales entre hombres y mujeres para la reproducción toman cinco minutos y es todo lo que técnicamente se necesita. Señalo esto, porque hay gente que me pregunta: "Pero, ¿cómo se va a continuar la especie si cuestionamos la heterosexualidad?".

¡Ni que fuéramos tan pocas habitantes del planeta!

Cinco minutos exactos significan la posibilidad de un embarazo; eso, sin contar los avances de la ciencia que ya ni eso requieren. Es todo. Por ende, es absurda la idea de que un hombre y una mujer —que no tienen lazos consanguíneos—viviendo en conjunto, signifiquen la perpetuación de la vida.

La trampa está en donde la heterosexualidad obligatoria nos convenció a las mujeres de que de nosotras depende la vida en el planeta, de que no podíamos amar, sentir, desear, existir, realizarnos, si no era sirviéndoles a los señores. Una mujer que no es apropiada por un hombre; o sea, que no es atrapada para darle hijos y trabajo reproductivo, no tiene sentido en el mundo, esa es la heterosexualidad obligatoria, depositada en los cuerpos de las mujeres.

Es en este punto, cuando las lesbofeministas decimos: hay que amarnos entre las mujeres. Lo que se traduce en que hay que dejar de servirle al sistema-mundo patriarcal, hay que desobedecer el mandato de ser la tirana vigilante una de la otra

y acompañarnos entre nosotras, hay que dejar de hacerle los trabajos al varón adulto, centro del proceso productivo.

Por supuesto, tener relaciones erótico-afectivas con otras mujeres no basta, porque no quiere decir que automáticamente le dejamos de hacer el trabajo a ellos. Hay cantidad de lesbianas manteniendo al hermano, al papá, al primo, haciéndoles las labores domésticas, siéndoles leales. Nuestra propuesta significa la desobediencia completa: no basta la sexualidad ni se trata de replicar el amor romántico entre mujeres: hay que agregarle el análisis lesbofeminista para tener herramientas concretas de desobediencia. Además, a la desobediencia amatoria y sexual, al análisis lesbofeminista, hay que agregarle la ética y el cuidado a la salud mental en un sistema que busca mermarnos para dificultar organizarnos. Es una receta compleja, es verdad, pero sin duda hace posible transformar el mundo heteropatriarcal.

Decimos heteropatriarcal, porque queremos señalar que el lugar fundante de este sistema es la heterosexualidad. Por ahí hay gente que declara que la heterosexualidad es patriarcal, por lo que no hay necesidad de ser redundante, y no, eso no es redundancia. Es preciso nombrarla porque la heterosexualidad es la piedra-cimiento del patriarcado. Sin la heterosexualidad obligatoria no pueden mantener atrapadas a las mujeres para su explotación, sin la explotación de las mujeres no pueden mantener al hombre como centro simbólico del mundo productivo, sin el adultocentro de la producción no se sostiene el proyecto político que fracciona la tierra y la depreda para los proyectos neoliberales de desarrollo y progreso, sin los paradigmas colonizantes no puede mantenerse en pie el racismo como ideología de la dominación, sin esa dominación no puede devastarse la naturaleza, y, sin todo ello, no se puede producir, comerciar y obtener plusvalía, y, por lo tanto, no se puede sostener este sistema. Esto es: sin la heterosexualidad no pueden tenernos condenadas al servicio de llevar sobre nuestras espaldas al patriarcado entero.

¿CÓMO LLEGAMOS AQUÍ? ¿CÓMO PASÓ ESTO?

Desde distintas miradas antropológicas y arqueológicas hace unos 2.5 millones de años, aproximadamente, surgió el género *Homo*, nómadas que se desplazaban en busca de sustento. Esta forma de vida perduró hasta hace unos 12,000-10,000 años a.n.e¹³, antes de nuestra era. A ese período se le llamó Paleolítico, "piedra antigua", porque sus herramientas tenían la piedra como materia prima.

En el Abya Yala se ubican los primeros asentamientos humanos en el periodo conocido como Arqueolítico, hace 35 mil a 14 mil años a.n.e, en lo que hoy llamaríamos México, Brasil y Argentina. Se trataba de pequeños grupos humanos con lazos consanguíneos, no existía la propiedad privada y eran nómadas, vivían en campamentos o cuevas.

Se encuentra en este periodo una casi total ausencia de puntas de proyectiles o de lanzas, las herramientas que fabricaban tenían más que un uso bélico, un uso orientado a la recolección y procesamiento de vegetales y al aprovechamiento de pequeños animales (Vela, 2021).

En el Cenolítico, 14-7 mil años a.n.e, ocurrió un fuerte cambio climático y esto transformó la relación con el medio, posiblemente, hasta en las organizaciones colectivas. Se desarrollaron otras técnicas para la elaboración de instrumentos, aunque la recolección siguió siendo una actividad importante, la caza se convirtió en otra forma significativa de obtener recursos. Aquí sería interesante apuntar, de acuerdo con la Revista de Arqueología Mexicana de este año, para el Cenolítico Superior (7000-2500 a.n.e) la llamada megafauna, como el mamut y el mastodonte, se había extinto, por lo que, de nuevo, la recolección fue la vía primordial para satisfacer la mayor parte de los requerimientos alimenticios, los que se completaban con los productos de la caza de ciertas especies menores. Me parece interesante poner una pequeña nota aquí, sobre que hay quienes señalan que la humanidad evolucionó gracias al consumo de carne, y, sin embargo, no ha sido el alimento

^{13 &}quot;Antes de nuestra era" es una designación alternativa al uso de la figura cristiana "a.C". o "d.C." para designar el transcurrir del tiempo.

primordial durante milenios ni tampoco la caza ha sido indispensable para la sobrevivencia humana.

En tanto, cuando la caza fue necesaria, es necesario cuestionar el difundido mito heterosexual y masculino de que los hombres cazaban y las mujeres se quedaban amamantando, esperando junto al fuego.

Por ejemplo, hace dos años en el yacimiento Wilamaya Patjxa, en Perú, fue encontrada una mujer que tenía entre 17 y 19 años cuando murió y fue enterrada con elementos que sugerían que cazaba animales de *caza mayor*, a los que atacaba con lanzas.

Este hallazgo llevó a los expertos a reexaminar los informes de otros entierros antiguos y encontraron 11 mujeres más que habían sido sepultadas con puntas de lanza y que también podrían haber sido cazadoras (desde finales del Pleistoceno a principios del Holoceno) y al menos 16 hombres, lo que sugiere que entre el 30 y el 50% de quienes ejercían la caza en estas poblaciones eran mujeres (Hass, 2020).

En tanto, la recolección, al ser fuente importante de alimento, era una labor respetada y tenían lugares preponderantes en la organización social. De acuerdo con Sofía Huerta y Jocelyn Soto (2019), en Mesoamérica se tiene registro de que la recolección era realizada principalmente por las mujeres y ocupaba un lugar primordial en la subsistencia humana (vegetales, crustáceos en ríos y lagos, insectos, aves, huevos y otras especies). Las mismas autoras afirman que constituyeron al menos 75% de la dieta del grupo de las comunidades nómadas tempranas y, además de recolectar, cocinar y acarrear agua, las mujeres se hicieron cargo de la educación, el cuidado de la infancia y de aplicar la herbolaria para la curación del grupo. Así como transformaron diversas fibras vegetales y pieles animales para la indumentaria.

Igualmente, en este período se desarrollaba joyería con cuentas, piedras y huesos, así como pinturas rupestres de las cuales, de acuerdo con un artículo de Virginia Hughes (2013), se ha determinado que el 75% de las huellas de quienes realizaron esas pinturas eran de manos de mujeres.

También se autorepresentaron, siguiendo a Huerta y Soto (2019), crearon figuras femeninas con barro y en códices. Por ejemplo, en Puebla se representaban desnudas, en el Altiplano Central se presentan ataviadas, y en la zona maya hubo algunas que se plasmaban con deformaciones dentales. En la cuenca de México se encontraron figurillas elaboradas mediante la técnica de pastillaje y otras piezas que reflejaban que en el Preclásico las mujeres experimentaron una gran variedad de peinados como trenzas, trenzas enrolladas en la cabeza, cabello suelto y rastas.

Por supuesto, no repetían obligatoriamente el modelo de familia heterosexual, interpretado durante cientos de años por los antropólogos y arqueólogos desde su mirada de masculinidad hegemónica.

Una época antes del advenimiento del patriarcado se hipotetiza que hubo formas sociales a la cuales, primero, Johann Jakob Bachofen (en su obra de 1861 sobre el "derecho materno") y luego otros investigadores llamaron *matriarcado*. Lanzan esas hipótesis teniendo en cuenta narraciones sobre mujeres con cargos de autoridad en otros tiempos y a que el ejercicio no monógamo de la sexualidad impediría el reconocimiento de un progenitor para el nacimiento de nuevas crías, por lo que los lazos consanguíneos reconocidos serían en respecto a la línea materna.

Quienes descartan el análisis de Bachofen, llaman *mitos* y ridiculizan la posibilidad de la existencia de poblaciones con mujeres guerreras o como guías de sus pueblos. No obstante, en tanto que son distintas líneas teóricas inacabadas y que las lecturas desde la arqueología y la antropología están constantemente atravesadas por la subjetividad de quien las realiza, es necesario revisar con sospecha aquello que parecía *descartado*, en particular si quien lo descarta son hombres legitimando la historia narrada por los hombres.

Estoy diciendo que hay evidencias de que ha habido largos períodos de tiempo en la historia humana, en los cuales las mujeres no vivíamos en sometimiento crónico.

Sin embargo, difiero con el uso de la palabra *matriarcado*, porque es una inexactitud, ya que no podría existir la figura de *madre*, como se la concibió después del Neolítico; La maternidad se simbolizó más tarde. Igualmente, no podría existir un

sistema de dominación que implicase la noción de matriarcado por parte de madres ni de otro tipo de dominación de unos sobre otros y otras.

Lo que, desde esta mirada, entendemos que existía, eran ginosociedades¹⁴, en las cuales convivían mujeres líticas ancestras.

(Las llamo *mujeres*, como podría llamarlas cihuameh¹⁵, que es como nos llamamos en el pueblo nahua de donde desciendo. Somos aquellas que tenemos una presunta capacidad paridora. También podría usar el nombre en cualquier otra lengua de pueblos de compañeras cercanas. Sin embargo, utilizo la palabra *mujer*, porque estoy escribiendo en castellano, desde la lengua que me impusieron quienes colonizaron a este pueblo. Estoy haciendo explícito que me refiero a todas las simbolizaciones en las distintas lenguas que las que han nacido con la presunta capacidad paridora han hecho de sí mismas. Ya sea en onomatopeyas, fonemas, en símbolos concretos o abstractos, en códices, en figurillas de cerámica, en bordados, en muñecas de trapo, de paja, madera o en monolitos. Cuando escribo *mujeres*, me refiero a la forma en que históricamente hemos dado cuenta, nosotras, de nuestra propia existencia).

Estas mujeres líticas tenían capacidad, también, de crear, de aprender, de usar el fuego, de elegir lugares seguros que permitieron su sobrevivencia, de hacer utensilios con piedra, de sobrevivir a las situaciones complejas del clima y el entorno, de crear adornos para sus cuerpos y de pintar con los recursos que tenían a mano. Asimismo, tenían una capacidad de parir que creó posteriores linajes y tenían la capacidad de amamantar y hacer vivir a sus crías, si era conveniente para ellas o para su comunidad, de acuerdo con el clima, a la abundancia de alimentos

¹⁴ Para Luisa Velázquez Herrera, comunicadora lesbofeminista mexicana, en respuesta expresa para Siwapajti, una ginosociedad es: "la forma de organización social más primigenia registrada en el mundo cuyos vestigios se encuentran en todas las culturas, su característica primordial es que las ginosociedades fueron grupos exclusivos de mujeres... se puede analizar que las ginosociedades fueron destruidas por la violencia de los hombres en los orígenes del patriarcado, pero luego se pueden detectar rastros ginocéntricos en algunas sociedades matriarcales alrededor del mundo". 15 Cihua, mujer en náhuatl de la zona central de México, es una hermosa palabra que puede ser interpretada como: "La poseedora de la unidad del agua". Cihuameh o Cihuamej es el plural.

o a sus desplazamientos. No eran madres, porque la maternidad fue una posterior construcción en el patriarcado.

Aquí agrego que el *padre* tampoco era una simbolización existente. Carolina Martínez (2017) documenta:

Según han señalado numerosos estudiosos, durante el Paleolítico la paternidad apenas era conocida; las relaciones sexuales no estaban controladas por la comunidad, eran más o menos libres y, aunque existiesen implicaciones emocionales, seguramente no serían duraderas en el tiempo. El único *parentesco* conocido era la *maternidad*. Las mujeres copulaban con varios hombres y no se conocía la relación entre coito y embarazo. Incluso, muchas tribus actuales todavía creen que las relaciones sexuales tienen como fin preparar a las mujeres para que el espíritu del hijo/a entre en sus cuerpos.

Tampoco la vida en *familia* resulta *natural* para la humanidad, pues han existido y existen en distintas partes del mundo vestigios de formas distintas de organización de las comunidades humanas, distintas a la familia nuclear tal como la conocemos en el mundo occidentalizado.

En posteriores tiempos históricos las mujeres padecen el modelo de familia nuclear, alejadas de sus formas de vida originales. Por ejemplo, ¿cómo sería la vida sin ese muro invisible de lo privado que hoy condena a la madre a criar en soledad, simbólica o físicamente separada de su *tribu*, grupo primario de supervivencia o de afinidad, como una forma de mantenerla atrapada al lado de un hombre, que *supuestamente* le proveerá alimentos, aunque en los hechos no siempre lo haga?

En una comunidad, tribu o agrupación que se acoge a una cría, se sabe que de su vida también depende la de otras participantes en la comunidad. Por lo tanto, si alguien supiera pescar, le enseñaría a pescar; si supiera usar hierbas, le enseñaría a usar hierbas; si supiera construir algo, se le enseñaría a construir ese algo porque significaría que, por ejemplo, cuando otras estuvieran en vulnerabilidad, ella sabría usar las hierbas para curar, o ella sabría traer comida. Porque cuidarse entre sí,

significa sobrevivencia. La antropóloga Margaret Mead, alguna vez respondió a la pregunta expresa, que ella consideraba como la primera evidencia de civilización, un fémur —con una fractura sanada— que había sido excavado en un yacimiento de quince mil años de antigüedad. Para que un ser humano primitivo hubiera vivido con un fémur roto durante los meses que necesitó el hueso para curar, esa persona tuvo que ser protegida y provista de comida y bebida (Byock, 2012). Es decir, la vida en comunidad humana no tendría por qué significar relaciones de dominio o de renuncia a la libertad, como dicen que está establecido el supuesto *contrato social*, como hombres teóricos de las ciencias sociales insisten en convencernos. Hay un posible acto fundacional de la vida en comunidad y es el del mutuo cuidado.

Hay grandes discusiones porque algunas compañeras establecen que, en esas primeras comunidades, aquellos que nacían con pene eran expulsados al pasar de la pubertad. Hay quienes dicen que no, que permanecían. Escribe Luisa Velázquez (2018):

Las mujeres de las sociedades ancestrales no convivían con los seres sinútero, ni los entendían como su «contraparte» ni mucho menos su «complemento», como nos hacen creer con la clasificación «machohembra»; ellas se organizaban exclusivamente entre mujeres en la lesbiandad y expulsaban a los varones en la pubertad, a quienes probablemente no llamaban ni entendían como machos ni hombres, simplemente no eran ellas.

Luisa Velázquez también explica que en textos de Susan Cavin, Adrienne Rich y Silvia Federici hay reminiscencias de esta era:

En las primeras sociedades ginocéntricas (exclusivamente de mujeres, según Susan Cavin), solo por temporada ellas establecían contacto heterosexual con los hombres y exclusivamente con fines reproductivos, pero es probable que lejos estuvieran del coito tal y como hoy lo conocemos. Los hombres mientras tanto eran prioritariamente homosexuales, como lo siguen siendo, por cierto. Entonces, ocurre la primera guerra contra ellas porque ellos quisieron extender su vida dentro de la comunidad de mujeres, como

dice Adrienne Rich, es decir, los hombres quisieron apropiarse de la comunidad que generaba techo y alimentación. Luego ellas se rebelan, entonces ocurre otra guerra. Luego una más, esa la cuenta Silvia Federici, en la fundación del capitalismo. Otra más que se libra en Abya Yala, con la colonización, esa la cuentan nuestras abuelas. Y la última que nos está exterminando, que narramos día con día, esa la contamos todas.

Lo que parece ser constante, es que a las mujeres se les reconocía y se reconocían en el sentido profundo de ser la paridora de la cría, así como se reconocía a las animalas y a la tierra como generadoras de lo vital-nutricio. Desde un lugar distinto al romantizado en el que hoy les reconocemos que *dan la vida*.

Las figuras llamadas Venus del Paleolítico podrían dar cuenta de ello. Por cierto, es interesante anotar que Vendrell (2013) señala que en los vestigios del Paleolítico superior no se han encontrado representaciones masculinas.

Podemos decir que las mujeres eran sagradas como la tierra, en el sentido de entender lo sagrado como aquello digno de veneración. La diosa, no en el sentido del ser sobrenatural, del mito que, según el patriarcado, creó el mundo y que lo vigila-premia y castiga. La diosa, las diosas mujer-animala-tierra, en el sentido más natural de ser nutricias en sí mismas, de quienes, probablemente, no pueden explicar, pero sí poseen y son la probabilidad-maravilla de hacer posible la vida.

Posteriormente, viene el período conocido como el Protoneolítico, tiempo y espacio de transición cultural en el que, en ciertas zonas, se dio el desarrollo de la agricultura.

De acuerdo con Huerta y Soto (2019): "Los saberes de las mujeres sobre las plantas, manejo de semillas, la manipulación de hierbas alimenticias y curativas, y el surgimiento de nuevas técnicas para su tratamiento y cultivo dieron origen a la agricultura".

Este conocimiento fue elemento primordial para el surgimiento de sociedades sedentarias y el desarrollo de la organización social y de las estructuras productivas.

"[...] durante esta fase se fundamentan las relaciones de cooperación e intercambio entre las diferentes unidades domésticas que integraban una comunidad, las mujeres debieron desempeñar un papel crucial en el entramado social basado en el *parentesco*", declara Rodríguez-Shadow en la recopilación elaborada por Huerta y Soto (2019).

Este punto en la historia es de particular interés para la forma en que está organizada la vida contemporánea y de cómo ha sido el devenir del mundo. Es el comienzo del Neolítico¹⁶. Mi hipótesis es que pudo desarrollarse la agricultura, pudieron las comunidades tornarse sedentarias, pudo desarrollarse un mejor uso de herramientas, pudo darse la revolución cultural y tecnológica que implicó esta *nueva era* y, sin embargo, no ocurrir la apropiación-propiedad privada de la tierra ni la apropiación de las mujeres, por lo que la era patriarcal fue consecuencia de la ambición de unos, pero no era una consecuencia inevitable. Concebir que pudo no haber sido, significa que, si se combate el constante de dominio de esos mismos, también puede dejar de ser.

 $^{^{16}}$ Término acuñado por J. Lubbock en 1865 para referirse a la etapa cultural que comenzó hace unos 10,000 o 12,000 años

EL INICIO DEL CAUTIVERIO

Es muy probable que al principio del Neolítico un sujeto de los que tenían pene, el órgano visible con que pueden orinar o eyacular como indicador evidente de su incapacidad de parir¹⁷, se haya apropiado de un pedazo de tierra y se haya asentado en ella.

Tuvo que ser un sujeto con pene, individualmente, o varios sujetos organizados, en períodos de tiempo más o menos paralelos. Fueron ellos porque las que tenían vulva-vagina-útero no necesitaban hacerlo, ya que eran habitantes en permanente vinculación simbólica, alimenticia y cíclica con la tierra hasta donde sus pies alcanzaran a caminar, ellas no necesitaban fragmentarla.

Este sujeto, probablemente desde la envidia, la envidia como semilla de la cual germinó el sistema de opresión que vendría después —como lo intuye Oriana González en su narración sobre la *envidia patriarcal* (2018)—, ideó la pertenencia de un espacio de tierra e hizo nacer la propiedad privada. En caso de que alguien transgrediera ese pedazo de tierra, defenderían esa propiedad con golpes, guerras y otras formas de violencia. La importancia de esa propiedad implica que, también, se apropia de lo que produce este pedazo de tierra y de lo que producen los animales que ha atrapado, comenzado a domesticar y hace habitar en ese espacio. Sin tener que salir a buscarlo o cazarlo, puede llegar a poseer abrigo y alimento. Incluso más del que puede consumir en una jornada, así que tiene reservas para contingencias o épocas no favorables y hasta trueques, puede comenzar la acumulación, la primera acumulación en la economía mundial.

¹⁷ Enuncio explícitamente que se trata de sujetos sin útero, porque el centro de la diferencia que da lugar a esta situación de opresión milenaria no está en el pene como creyeron los teóricos falocentrados, la diferencia está en la *envidia patriarcal*, en la capacidad uterina de engendrar y parir.

Aun cuando el sedentarismo desbaste la naturaleza de una zona sin permitirle recuperarse, nos dicen que fue tan gran idea que, en la escuela primaria, en la infancia nos enseñan ese momento como un gran paso en la evolución humana.

Para cuidar este fragmento de tierra y cuidar estos animales y poder explotar lo que tiene esta producción, necesita más manos, manos que pueda controlar y, lo que simultáneamente ocurre, es que se apropia de una persona que, según sus características anatómicas, podría parir. El que carece de útero se apropia de una que sí tiene útero, y este es el primer momento de la esclavitud. Me interesa que quede muy claro esto, porque cuando en el imaginario colectivo pensamos en esclavitud, gracias a la educación escolarizada, imaginamos a un hombre arando la tierra con otro hombre vigilando y castigando y no es así, la primera esclavitud es la de las mujeres.

Cuando digo que se *apropia* de una mujer, estoy usando casi un eufemismo, me refiero a que se adueña, se apodera de ella. Hablo de suma violencia donde se somete, secuestra y viola.

¿Por qué, para qué se apropia de una que, presumiblemente, tiene un útero?

Porque él no puede parir otro sujeto y necesita este útero para que le produzca otros sujetos que trabajen y habiten *su* tierra; esto es que se apropió de ella por su presunta capacidad de parir.

Cuando las compañeras antiespecistas dicen que la dominación de las mujeres es paralela a la de las animalas, en efecto, tienen razón. Es la apropiación de la tierra, las animalas y las mujeres y es el lugar de donde parte la explotación y la opresión. La razón es la posibilidad paridora de las mujeres y de las hembras de otras especies.

Lo que ocurrió fue que se fragmentó la tierra, pero también se separó a las mujeres de sus comunidades de mujeres mediante el secuestro y la violencia.

Hay una imagen muy conmovedora en *Los secretos de la diosa*, una documentada novela que hipotetiza sobre este período, obra de Brenda Gates Smith (2000), en donde una sobreviviente a una embestida de secuestro de mujeres por parte de una

horda masculina, en crisis, llora y lo que alcanza a explicar es que las violaciones, las matanzas de bebés de la comunidad y el secuestro de otras no pueden ser obra de la diosa, de lo respetado en la tierra en que ella habita. Tiene razón. Es el surgimiento de un nuevo mundo que habrá de durar demasiado tiempo.

Un dato interesante al respecto lo dan los resultados del trabajo de la investigadora de la Universidad de Sevilla, Marta Cintas-Peña, quien ha analizado la totalidad de los datos de isótopos de estroncio disponibles en la península Ibérica sobre la movilidad de las mujeres a los entornos de los hombres que empezó a evidenciarse de forma relevante en la zona a partir de la Edad del Cobre, entre 3,200 y 2,300 años "antes de Cristo" (ella usa esta medición de tiempo). Este sistema, a través de la comparación de la marca isotópica de los restos en la región, permite determinar si un individuo fue enterrado en el mismo lugar en el que vivió, abordando así su movilidad. Los resultados mostraron que los lugares de donde provenían las mujeres, no correspondían con sus lugares de entierro en más del doble de casos que los de los hombres. Eso significa que ellas procedían con mayor frecuencia de otro lugar. Una posible explicación a ello es la patrilocalidad (Limón 2021).

La patrilocalidad es el mandato residencial por el cual las mujeres se van a vivir, de manera *voluntaria* o forzada, a la aldea o pueblo del apropiador. Así ellas quedan sin apoyo y sin sus referentes de grupo primario, lo que las deja desprotegidas.

Donde había una noción de unidad con las otras, se individualizó dejándola sola, se irrumpió en la unidad de las ginosociedades.

EL PADRE

El paso siguiente fue arrancarlas de la unidad simbólica con su cría.

Este momento de escisión mujer-cría es indispensable para el advenimiento del patriarcado, de la dominación de los sin-útero. Para que aquellas y aquellos que han salido del cuerpo de ella, le rindan servicio, culto, tributo, respeto y trabajo al violador y secuestrador de quien les parió.

Necesita haber una operación ahí para que pueda apropiarse a esas crías y, a partir de este punto, los apropiadores hacen surgir la noción de lo que llamamos *el padre*¹⁸. Más allá de la palabra como tal, como simbología. Antes no existía, no había otra relación más que entre la hembra y las crías.

Martínez (2017) señala sobre la *paternidad* (la función del coito):

"Numerosos estudiosos consideran más acertado suponer que ningún grupo humano, por más arcaico que fuera, pudo haber desconocido el vínculo entre las relaciones sexuales y la gestación. Lo que sí se estableció posteriormente fue la idea de que cada criatura tuviera un único *padre*".

No se trataba del fenómeno biológico sobre qué esperma había sido usado por la mujer para gestar, sino de apropiarse en exclusiva del producto de esa gestación.

El padre, por lo tanto, es una invención fundante del patriarcado para intervenir en la relación entre las mujeres y las crías.

.

^{18 &}quot;El derrocamiento del derecho materno fue la gran derrota histórica del sexo femenino en todo el mundo. El hombre empuñó también las riendas en la casa, la mujer se vio degradada, convertida en la servidora, en la esclava de la lujuria del hombre, en un simple instrumento de reproducción. Esta baja condición de la mujer, que se manifiesta sobre todo entre los griegos de los tiempos heroicos, y más aún en los de los tiempos clásicos, ha sido gradualmente retocada, disimulada y, en ciertos sitios, hasta revestida de formas más suaves, pero no, ni mucho menos abolida" (Engels, 1988:56).

Primero fue el padre, y a partir de ese momento, toda cría nace en el cautiverio del patriarcado.

Desde aquél momento, en castellano, tenemos reminiscencias simbólicas y cotidianas de aquella primera apropiación. La *patria*, que es la tierra del padre; *patrimonio*, que es la propiedad o riqueza del padre. Tenemos el apellido del señor (abuelo, bisabuelo), porque somos *los hijos* de ese señor: Sánchez, los hijos de Sancho; Pérez, los hijos de Pedro; González, de Gonzalo... y muchas otras manifestaciones.

Es del uso popular en México, el mensaje que le dice la madre a la hija: "No te puedo dar permiso de salir. No vayas. Si te pasa algo, ¿qué cuentas le entrego a tu padre?" Esta es una reminiscencia explícita: no eres mi hija, eres hija de tu padre, a él es al que le debo responsabilidad respecto a ti.

Es que, una vez habiendo *padre*, como el simbólico dueño de estas crías, y una vez borrada simbólicamente la mujer poderosa paridora, él no las va a amamantar, no les va a limpiar la orina o enseñarles a caminar; esas no son sus tareas. Él está ocupado siendo el dueño del nuevo mundo. Por ello, necesita a alguien que se ocupe de la tarea de crianza. En este punto es cuando la mujer, que era aquella poderosa con capacidad de parir, es convertida simbólicamente en *la madre*, en complementariedad con el padre.

La madre no es la del vínculo con sus crías, la madre es la encargada de criar a las hijas e hijos del padre. Esta línea divisoria entre la mujer ancestra de poder en su ginosociedad y la madre atrapada por el patriarca no es poca cosa. Significa que si ella no cría a los hijos como él quiere, adorándole a él o rindiéndole culto a él, ella va a ser severamente castigada. Y cuando escribo: "severamente castigada", estoy refiriéndome a asesinato o tortura, a exterminar a aquellas que no cumplían o cumplen el rol de la madre que se espera.

Aquí fue construida esa maternidad de sacrificio, amor a toda costa y renuncia porque si a esta madre se le llega a enfermar gravemente o morir una de esas crías que no le pertenecen, entonces va a ser sacrificada, va a ser apaladeada, va a ser expulsada. No puede permitirse el lujo de que le pase algo a las crías que ya no son suyas. Aunque las haya gestado dentro de sí, aunque las haya parido y las haya nutrido con la leche de sus pechos.

Incluso hoy, en términos de supervivencia de la especie, ¿qué conviene más, que sobreviva una hembra en edad reproductiva o un bebé recién nacido?

La hembra en edad reproductiva va a estar teniendo más crías en poco tiempo. A los que les encanta andar poniendo ejemplos de la vida animal, podrían buscar los cientos de situaciones que hay en donde la hembra abandona, se come a sus crías si no hay alimento o corre para salvarse de un desastre natural y, posteriormente, se vuelve a poner en celo para reproducirse cuando hay otras condiciones. Contrario a ello, la especie humana hoy aplaude, por ejemplo, en las notas de periódico: "Esa mujer se interpuso entre el autobús y su bebé y murió atropellada"; "En el desastre pone su cuerpo sobre el del hijo" o, en la pedagogía de las novelas y películas, piden que en un parto difícil "salven a su hijo" y no a ellas. Les aplauden.

No hay nada más conmovedor que una mártir de la maternidad: "¡Qué *instinto* materno! ¡Es una madre ejemplar! ¡Murió para salvar al hijo!", y llenamos de galardones imaginarios esa maternidad inmolada y abnegada.

Desde luego, las mujeres tendrían apego a su cría, la oxitocina cumple esa función y le cuidarían y protegerían, pero hay una línea de distancia con respecto a la noción de la maternidad sacrificada concebida como instintiva (en el instinto sobrevive el individuo). Lo cierto es que lo que pasa con las madres sujetas al apropiador no es instinto, es terror atávico introyectado. Condicionamiento que significa un gran temor al castigo. Esta es la madre que necesita el patriarcado para que le sirva en todas las labores que el propio patriarcado necesita.

Margarita Pisano (2003) escribió:

Las mujeres, dentro de la feminidad, son significadas por el orden maternal, desapareciendo como personas pensantes, creadoras, autónomas y gozosas de la vida. Su lugar social reconocido es el de la madre, cuyo "amor" es "el bueno", absoluto, sacrificado, "sin razones", "ciego" y "para siempre", paradigma del resto de las relaciones. A partir de esta propuesta masculinista de la "buena madre", las mujeres, persiguiendo este modelo inalcanzable, caen en un continuo proceso de autoinculpación, causante, en gran parte, de su esclavitud simbólica, y se relacionan entre ellas, con ellos y el mundo, a través de un sistemático madrerismo femenil (tengan o no, hijos).

Padre, madre e hijos. La familia no es producto de una necesidad biológica-dictado de la naturaleza, es la estrategia base del patriarcado que surge desde este lugar del horror. Aquí surge el padre como todo poderoso dictador de la vida. La ley del padre, el lugar exacto del nacimiento del Edipo, para el psicoanálisis. La instauración física y psíquica de la familia es de una violencia tremenda: secuestro, tortura, violación, apropiación de las crías y esclavitud que parece infinita.

Una madre que no puede criarle hijos al padre no le sirve a este proyecto de mundo, a esta propuesta civilizatoria. Aún hoy, la mujer que no es *buena madre*, que no sabe criar, que se niega a ser madre, es simbólicamente asesinada en nuestra sociedad. No sirve, es despreciada, desprestigiada, es desechada.

Un dato más es que esta maternidad se vive fragmentada. Esa mujer que siempre ha vivido y se ha concebido parte y compañía de la que la parió, de otras que comparten herencia sanguínea y línea de ascendencia ginelineal, siempre ayudándose unas a otras y, de pronto, este criminal se la roba y la pone a parirle

hijos en donde no puede allegarse de la ayuda y compañía de otras mujeres que no sean autorizadas por el apropiador¹⁹.

Más aún, probablemente las mujeres apropiadas eran muy jóvenes, apenas menarcas, o probablemente premenarcas, cuando las secuestraron, porque entre más joven, más fácil someterla y, entre más joven, más hijos iba a parir porque tenía más historia de vida para para poder tenerlos.

(Aquí uno de los elementos que quiero señalar, es que el patriarcado nació pedófilo desde un principio).

Por lo anterior, la maternidad patriarcal, es tan tremenda, tan terrible y tan vivida en solitario.

En paralelo, o subsecuentemente, crearon a un dios a semejanza del padre, un dios todo poderoso que era el dador de la vida. Así, las mujeres fueron concebidas y se les obligó a concebirse como un *cántaro receptor* del semen de los hombres, o *vaina-vagina* del pene, sexualmente maduras únicamente si encuentran placer en ser penetradas y renuncian a los orgasmos clitorianos o uterinos. Meras incubadoras que hacen nacer al hijo del hombre, lo alimentan y hacen crecer, pero no son más que un medio para que, con esas concepciones, se pueda sostener la falacia de que el *dador de vida* pueda ser el *padre*, alguien carente de útero.

Así se inició el milenario proceso de desdibujar a las mujeres de lo que el propio cuerpo hace y produce.

Ahí se desterró a la diosa y cualquier reminiscencia del antiguo poderío de las mujeres se convirtió en saberes condenables, perseguibles. Herejías.

19 Me conmueve profundamente cuando mujeres hablan de lo agotadora e injusta que es la crianza en aislamiento y piden legislaciones o buenas intenciones donde el apropiador cambie pañales y se involucre... Es decir, hay un miedo constante a desafiar la dominación que tiene el secuestradorviolador sobre sus crías, muy pocas se atreven a soñar con recuperar a las crías para ellas mismas y para su tribu, recuperar la tribu y la crianza con ellas. Imaginar, siquiera, alejar al sin-útero. Parece ser que es demasiado insolente, para este sistema, soñar con ello.

Las diosas fueron prohibidas y pasamos a ser servidoras de dios. Quedó bajo escombros el recuerdo de vivir diosas, en el sentido de ser con la tierra, con el agua, con la crianza... Si nos recordáramos diosas, entonces, podríamos desobedecer.

Ese es el gran secreto. Los grandes misterios que se mueven en los *libros ocultos*, *apócrifos* y otros documentos religiosos no son en realidad del orden de lo *místico*; son apenas un asunto de lo psíquico. Si nos recordamos caminantas del mundo, en justa consecuencia, vamos a rebelarnos. Por eso fuimos silenciadas y fueron convertidas en monstruos aquellas que se atrevieron a desobedecer. Somos Lilith, Pandora, Gorgona, Medusa, Ixtabay, La Llorona...

Sólo las figuras, advocaciones de la *madre de dios*, quedaron como ritual compensatorio. Ahí sí puede adorarse a una representación de una que es madre, porque es un ícono ante el cual al patriarcado le conviene que nos reconozcamos.

LA FEMINIDAD

Después de la apropiación física de las mujeres y sus crías, las creaciones simbólicas del patriarcado tendrían como fin dominarla psíquicamente.

Entonces, para poder dar lugar a una psique que respondiera a la configuración de la madre que requiere el patriarcado, fue necesario construir a un sujeto *femenino*, porque la característica por excelencia de la maternidad es la feminidad.

Los grilletes patriarcales que sujetan a toda mujer preparándola para la maternidad, se consume o no, y al servicio a los hombres son: la feminidad y la heterosexualidad obligatoria.

De la heterosexualidad obligatoria y la convicción de servir, ser para el otro, amarle y serle leal, he escrito líneas arriba.

Sobre la feminidad, Margarita Pisano escribió:

El colectivo de varones pensó e instaló a las mujeres dentro de la feminidad. Sin embargo, lo femenino no somos las mujeres, a pesar de que sólo nosotras tengamos la experiencia sometida de la feminidad, se trata de una construcción social, política, económica y emocional, desde un cuerpo ajeno. La feminidad no tiene autonomía ni un cuerpo pensado-pensante y valorado desde sí mismo, más bien, obedece a quien la piensa y asume la cultura masculinista como propia, de forma aberrante para sí misma. (2003)

Para mí, la feminidad es la colonización psíquica de las mujeres que da por resultado la introyección de la existencia para el otro. Es el despojo del propio cuerpo, de la propia inteligencia, de las propias emociones, la entrega gustosa y desesperada por el reconocimiento de las crías propias, y de otras, al secuestrador y el aprendizaje feroz de la indefensión aprendida mediante el trauma continuado. Esta colonización se lleva a cabo mediante una serie de mandatos repetidos

históricamente en cada nueva niña nacida en cautiverio, se modela en la sumisión, es sometimiento:

I. La monogamia

En la edición de 1988 del *Origen de la propiedad privada, la familia y el estado*, Engels plantea que la monogamia nació del deseo de que los hijos de un hombre heredaran sus riquezas. Por eso era necesaria la monogamia de la esposa, pero no la del marido. Para que las crías paridas por una mujer fueran exclusivamente producto de la eyaculación del hombre con el que convivía, de su apropiador.

Habría que considerar que, en distintas épocas, la parentalidad no estribaba en ese momento en la perpetuación de los rasgos genéticos, como lo señalaba Martínez líneas arriba. Más allá de qué ejercicio coital implicara la gestación, lo que se requerían eran crías para trabajar.

Hipotetizo que otro aspecto que hacía y hace necesaria la monogamia, es para que los sin útero no tengan rispideces entre sí. Si hay otro sin útero que *desea* imponerse sobre ella, compite o disputa por una mujer, la consecuencia es que se dificulta la alianza patriarcal. Por ello, en lugar de oponerse al otro sin útero, la castigan a ella: "No salgas, no veas, no hables, no te involucres con otro". La tarea es impedir que se genere rivalidad o pugna entre ellos. Si algún otro, además del apropiador, la llega a violar, a la que se castiga es a ella, se la apedrea. Muchos de los discursos que hoy existen, culpabilizando a las víctimas, que dicen: "Ella es responsable, se lo buscó", tienen esta reminiscencia.

Prefieren acusarlas a ellas que enfrentarse al otro, las mujeres son llamadas *putas*, provocadoras, y sus acosadores permanecen en una patriarcal impunidad y anonimato; prefieren prenderles fuego a crearse un enemigo. Por eso, las mujeres aprendimos que conviene más que, una vez en manos del apropiador o de los sin útero autorizados, nadie nos vea, que nadie nos toque, que nadie nos hable, que nadie nos desee. Porque puede costarnos muy caro.

Por eso mismo, cuando un sin útero desea afrentar a otro o demostrar algo respecto a su poder o su masculinidad puesta en duda, se ensaña con su más útil propiedad, los cuerpos de las mujeres como botín de guerra.

Ese es el mandato de la monogamia. Incluso, ahora mismo, sigue vigente. Pareciera que hombres y mujeres están obligados a ella, pero no es verdad; los hombres en nuestra sociedad rompen constantemente las promesas de único vínculo sin grandes consecuencias. Eso está socialmente naturalizado. Que una mujer desobedezca *voluntariamente* el mandato de la monogamia tendrá como consecuencia el castigo social, la sanción que la señala y el desprecio misógino. Ya no la apedrean físicamente, pero sí la apedrean socialmente, sí la aíslan, sí la ponen en otro lugar, sí queda marcada para siempre en la comunidad como alguien no confiable por *irrumpir* en la fraternidad entre hombres.

II La sexualidad para el otro

Además de la obligación de la heterosexualidad, una sexualidad femenina es una sexualidad pasiva, receptora. Concebida para ellos y sus placeres. De hecho, una de las cosas que más se condenan en las lesbianas es la toma de la acción sexual, el poder del propio placer.

Hasta hace muy poco en la historia, a ciertos sectores sociales y raciales, de mujeres se exigía la *virginidad*, privación de una vida sexual en compañía como una forma de feminidad. Así, se pretendía garantizar que sólo el apropiador hiciera *uso* del cuerpo del cual se apropiaba y que la inexperiencia sexual fuese una mutilación simbólica del deseo femenino. Sin embargo, en las décadas recientes, la sexualización de todas las mujeres creció como negocio mundial y, desde entonces, ya no se fomenta de igual manera la virginidad. Por el contrario, se incentivan, desde la publicidad y los medios hegemónicos, ejercicios sexuales que estimulen la libido masculina, que el centro del disfrute sea en el placer que pueden obtener ellos utilizando el cuerpo de ellas.

Discursos, incluso patologizantes, que invisibilizan la anatomía de las mujeres, la función del clítoris o del útero. Narraciones que exacerban las ideas centradas en la estimulación anal y vaginal recibiendo un pene o cualquier semejanza a uno; que erotizan la violencia; que hacen deseable el ser atada, mordida, azotada. Ejercicios de introyección de una sexualidad que anestesia, aturde la sensibilidad corporal, en preponderancia de ejercicios que explicitan las relaciones del poder y en el *placer* del ejercicio de la sumisión. Es una construcción netamente psíquica, no física.

III La belleza y la juventud

Casi todos los cánones de belleza tienen una traducción en incomodidad. Se tiene que ser muy gorda, hasta la incapacidad de moverse; se tiene que ser muy flaca, hasta la incapacidad de defenderse; se deben tener las uñas larguísimas o usar zapatos con tacón o que se disminuya el pie.

Lo que hace *bellas* a las mujeres, es aquello que les impide salir de ese lugar (el sitio donde se es propiedad del patriarca), es aquello que les dificulte huir o combatir.

Esa es la belleza, hoy: la ropa ajustada, los pantalones que hacen que las mujeres caminen con las piernas juntas. Así no se puede correr, así no se puede patear, así no se puede defenderse. Qué curioso que la belleza constantemente signifique restricción.

La belleza está asociada con la juventud. El mandato es de ser siempre joven y si no se es, maquillarse, hacerse cirugías, someterse a tratamientos, cualquier cosa para aparentar ser joven porque la capacidad de parir ha sido la que ha mantenido el cuerpo con vida en el patriarcado por cientos de años. Mientras esté en edad de parir, una mujer tendrá razón de existir; cuando el cuerpo de muchas deja de parir, literalmente son desechadas, sustituidas, asesinadas, echadas al barranco, desterradas al bosque... Por esa memoria cuasi genética de horror es que nos esforzamos por mantenernos jóvenes, para no ser desechadas, para ser todavía

útiles-reproductivas. Hoy se sigue escuchando que mujer que no pare, no sirve para ser mujer. Mujer infértil no sirve para el mundo en el patriarcado.

Ese es el origen del escarnio a una mujer madura cuando se relaciona con un hombre joven, pareciera un despropósito.

Siempre hay que mantenerse jóvenes; por eso nos pintamos el cabello para ocultar las canas y ponemos aceites para retrasar las arrugas y usamos prendas de cuellos altos para que no se noten los pliegues de la piel. En una conmovedora lucha por evitar que el tiempo nos diga que ya somos desechables para la maquinaria que nos exprime.

Ese es el mandato: mantenerse joven para que no nos maten.

Otro aspecto de este mandato que es, también, muy doloroso, en el momento en que la madre empieza a entrar en el declive. Esto todavía pasa, a mediados de los 30, principios de los 40 años, las mujeres comenzamos a dejar de ser consideradas personas socialmente productivas, ya no somos contratadas en nuevos empleos y ya no somos mujeres *deseables* y, justo, en el momento en que las mujeres entramos en el ocaso, cuando vamos a ser socialmente desechadas; nuestras hijas entran en la pubertad. Empiezan a notarse sus senos, sus atributos físicos y empiezan a ser socialmente deseadas.

Muchas madres no pueden nombrarlo porque este fenómeno no tiene nombre en esta sociedad, pero sí saben que de sus hijas va a adueñarse un sin útero en cualquier momento y es cuando, desde un casi instintivo temor, comienzan a decirles que no salgan, que no usen tal ropa, a tratar de detenerlas, a estar muy enojadas u hostiles con ellas o a no poder contenerlas. No saben nombrar esto, pero sí saben que hay un riesgo sobre la hija, aunque no lo puedan explicar. Las hijas, en proceso de crecimiento desean ser libres, salir a re-conocer el mundo y reciben los apremios de la madre como restricción.

Cómo explicar a nuestras hijas un destino que parece escrito en un lenguaje incomprensible, pero que se nos enseña como deseable y que, por eso, deja un gusto amargo, ahí en donde está guarecida la certeza de que la libertad está en otro lugar. Ese enfrentamiento es la ruptura terrible en donde el patriarcado nos arranca a nuestras crías por segunda vez.

Las hijas añoran la libertad con que las ancestras se movían por la tierra —como muchas la hemos anhelado—, pero explorar el mundo, en el patriarcado, significa no poder llegar muy lejos pues será sujeta del deseo sexual de los otros, de una sexualidad impuesta para el servicio de ellos; significa ser cosificada, significa todos los peligros que sabemos, y las madres no tenemos lengua para nombrarlos ni brazos suficientes para protegerlas.

En un lugar aparte, pero paralelo, es posible entender que desde ahí surge el mito horrible de la suegra que pintan como envidiosa, como odiante. Es el enfrentamiento puesto por el sistema mundo, entre la que está siendo desechada y la nuera, que se convierte en el centro de la gestación de crías y del trabajo del hogar. La desesperación de dos mujeres, de dos generaciones, en espacios cerrados. Una que trata de no ser desechada, otra que intenta demostrar que puede cumplir su labor. Ambas sirviendo a un apropiador.

IV Ruptura de los vínculos de las mujeres

Otro mandato de la feminidad es la ruptura de los vínculos de las mujeres con las suyas. Esto significa que en el período prepatriarcal las mujeres estaban organizadas con otras para la sobrevivencia, para la alimentación, el transcurrir de las etapas de la vida, el apego, el cuidado, la crianza. Incluso, si una se enfermaba, perdía o moría, el resto se harían cargo de la cría. Había un acompañamiento de común-unidad.

Para combatir la memoria de aquellos tiempos, no bastó con separarnos físicamente de las otras. Ha sido necesario romper el lazo psíquico que nos permitía confiar en ellas, esperarlas, buscarlas, mantener la esperanza del lugar originario a donde volver. Tras alejarnos de nuestras pares, se nos mostró que la otra es una amenaza.

Si la otra parece que es más femenina, es decir, aparenta cumplir más o mejor los mandatos de servicio de belleza, sexualidad, trabajo, crianza... significa la amenaza de que, si se elige a otra, nosotras seremos descartadas o eliminadas. Si el apropiador sustituye, esa mujer sustituida ya no va a existir, se la manda al destierro o se la mata. Es ahí cuando la otra se convierte en la competencia.

Un mandato atávico nos compele a estar demostrando que somos más limpias, más bellas, que hacemos mejor la casa, que nos entregamos más o nos sometemos más a la sexualidad... Es una lamentable súplica por continuar vigentes, vivas.

A menos que encuentre pronto otro, quien es descartada por su apropiador parece convertirse en un fantasma pues carece de sitio real y simbólico en el mundo patriarcal.

Incluso, mujeres aliadas o en convivencia con otras que están *solas*. En ciertos ámbitos, somos vistas con burla, escarnio o lástima, como si fuéramos una eterna espera de un apropiador que parece tardar en llegar o como sujetos de desecho por no haber sido *elegidas*. Eso nos vuelve, además, constantemente sujetas de violencia pues es necesaria la pedagogía del castigo a la mujer *sola* para que ninguna desee estarlo.

A algunas mujeres nos ha pasado, el ver al apropiador de alguna amiga con otra persona y vivirlo como un duelo, como un golpe fuerte, con mucha tristeza. Verlo y pensar: "Este hombre está con esta mujer y, ¿qué pasará con mi amiga?"

Parece algo irracional ese dolor que sentimos como si fuera nuestro. Es porque sabemos que nuestra amiga va a ser desechada, va a ser asesinada. Va a ser suprimida por la mayor parte de los integrantes del grupo humano donde se vincula

la pareja o la familia. Es el recuerdo atávico: la van a matar socialmente, va a desaparecer, porque si él elige a otra, la siguiente ocupará ese lugar y esa amenaza también pesa sobre todas.

En consecuencia, lo que hacemos, es siempre estar demostrando que somos mejor que la otra, esa es la competencia: soy más bella, más sexual, más monógama, más lista, trabajo más que la otra.

Pareciera que existe un apropiador invisible, gigante, que todo lo ve por cuya aprobación estamos compitiendo.

Paralelamente, nos encargamos de una agotadora vigilancia a la otra. Somos muy acertadas para ver qué está haciendo mal; porque en la medida en que yo señalo que la otra no es tan limpia, no es tan lista, no es tan atenta..., lo que hago, es que me estoy protegiendo a mí. Ninguna es tan buena como yo, que ninguna otra vaya a ser *elegida* en mi lugar. Por eso somos tan buenas policías unas de otras, porque necesitamos demostrar que no vale la pena sustituirnos.

Incluso en sociedades donde se legitima tener varias esposas, se apropia de una a una y de orígenes diferentes y se las hace competir para impedir que sean aliadas entre sí.

Ese es el centro de la ruptura de los vínculos con la otra, vínculos irreconciliables pareciera, porque necesitar competir y vigilar a la otra es para mantenerse con vida e, incluso, para mantener a las crías con vida, pues hay culturas, donde cuando eligen a otra, también —real o simbólicamente— matan a las crías de quien es desechada.

El mandato se extiende al paso de los milenios. Hoy queremos ser la mejor amiga de los amigos, la mejor alumna del maestro, la mejor empleada del jefe, la hija más amada del padre, la académica más reconocida por el gremio de los académicos, la artista en el salón dorado de la fama, la suegra que es reivindicada por el hijo frente a la nuera, la creyente más bendecida por el párroco. Todas nosotras deseando desesperadamente agradar, sin recordar que ese deseo de agradar es el grito de nuestras lejanas abuelas suplicando no ser asesinadas.

V Las mujeres no saben de armas ni de oficios

La feminidad no usa armas de hombres. Las armas de los hombres son peligrosas.

El último mandato de feminidad que quiero abordar, en esta ocasión, es la prohibición de hacer oficios de hombre.

Mi familia es de una población en Morelos que tiene un origen nahua. Vive de la siembra de flores, por lo que en la casa siempre ha habido machetes como herramienta de trabajo (los machetes, para quien no sabe, son unos cuchillos gigantes que se utilizan para cortar la hierba, entre otras cosas). Desde muy niña aprendí que un machete pierde su filo cuando una mujer lo agarra. Por esa amenaza, ni las niñas ni las mujeres ni las ancianas agarran un machete, porque lo desafilan.

Tengo el recuerdo de mi abuela preguntando a una vecina por qué no le dio un machetazo al marido que llegó borracho a golpearla y la respuesta de ella fue de que no sabía cómo alzar el machete y que, si él se lo quitaba, capaz que la mataba.

En los espacios de la mexicanidad hay todavía quienes dicen que el fuego es un abuelito (le dan connotación masculina) y se *ofende* si las mujeres lo agarran porque es el abuelito, ¿cómo lo van a andar agarrando las mujeres?

En otras comunidades se cree que si las mujeres agarran las hachas se va a pudrir la madera, y, en consecuencia, van a causar un accidente, porque se va a romper el hacha por culpa de las mujeres que se atrevieron a tocar la madera.

El azadón, que es para sembrar, es una especie de pala muy delgada que se clava en la tierra. No lo pueden agarrar las mujeres, porque la tierra se ofende si es penetrada por ellas. Por ello, es tabú el uso del azadón.

Qué interesante coincidencia. Nosotras somos mandadas a hacer múltiples e interminables tareas de trabajo del hogar, pero lo que no se puede hacer es aquello que implique agarrar herramientas con las que podríamos defendernos o matar a quien nos ataca.

Invito a indagar cuántas mujeres hay heridas con machete, con fuego, con hacha, con herramientas de sembrar, por el padre, por el marido, por el abuelo...Demasiadas.

Hay un texto generado en España que se llama "Tijeras para todas". Discutiría algunas cosas del documento, pero lo menciono porque me encanta el título. De acuerdo con alguna de las que participó en su elaboración, se llama así porque en la historia, a las mujeres se nos ha prohibido agarrar las armas; la única arma que las mujeres siempre hemos tenido, son las tijeras de la caja de costura. Por ello, es que todas deberíamos tener a mano las tijeras para defendernos cuando sea necesario.

La prohibición del uso de herramientas de hombres no es algo que pasó hace cientos o miles de años o que ocurre sólo en espacios no urbanos. Todavía sigue pasando. Por ejemplo, las mujeres no estamos escribiendo ni publicando en la misma cantidad y con el mismo reconocimiento que ellos. Sin embargo, la palabra escrita es hoy la que disputa políticamente el destino del mundo. ¿Por qué no escribimos? Porque es un oficio de hombres y somos sancionadas de formas persecutorias, con despojos, plagios o ridiculizaciones. Por otro lado, escribimos esperando que ellos nos den premios y reconocimientos.

Otro ejemplo es que en este momento histórico no hay mujeres suficientes que sean programadoras. Sin embargo, ante la pandemia, el mundo está, dadas las circunstancias, en manos de quien puede hacer programación.

Mis compañeras políticas y yo, ahora mismo tenemos dificultad para que los servidores mantengan nuestros textos, porque les llega la horda de misóginos tradicionales y de los posmodernos y hacen estrategias para atacar los servidores, para que nos tiren los materiales que producimos. Incluso, los servidores ya no están recibiendo páginas, que tengan, por ejemplo, contenido lesbofeminista, porque se los van a tirar. El famoso "algoritmo" de las redes sociales invisibiliza nuestros textos. Eso significa que nos prohíben usar las herramientas de la palabra, y que las armas las tienen los hombres. No pasó ayer, sigue pasando.

Otra imposición: las mujeres no deberían viajar, moverse del lugar del apropiador. La negación implícita del uso de los medios de transporte tuvo mensajes descabellados, como el que decía, aún hace apenas un siglo, que las mujeres no podían subir a los caballos porque se les podría caer la matriz o perderían la virginidad. En el siglo XIX se creó una enfermedad ficticia; "cara de bicicleta", para disuadir a las mujeres de no usar ese medio de transporte, evitando que se desplazaran en libertad.

Igualmente, en comunidades marítimas, se difundía, difunde, la idea de que las mujeres no deben subir a los barcos porque "se salan" (les da mala suerte) y se hunden, por culpa de la mera presencia de las mujeres. De hecho, todavía, a la fecha, en algunos pueblos con mar, las mujeres no van a la pesca, porque se les va a hundir la embarcación. Esas situaciones siguen pasando. ¿Qué significa que no puedan ir a la pesca? Significa que no pueden tener autonomía económica.

Hay países donde las mujeres todavía no conducen autos.

Hoy, en México, al menos, nos castigan con empujones, obscenidades y tocamientos sexuales por usar los medios de transporte público.

Sólo apunto a señalar qué pedagógica es la naturalizada dificultad para las mujeres de acceder a herramientas y a medios de transporte. La falta o dificultad de uso de herramientas-armas y de medios de locomoción que nos permitan salir del confinamiento patriarcal.

Los hombres van a lo público y las mujeres son sometidas físicamente a lo privado. Para que una mujer vaya a lo público o tome un oficio *prohibido* tendrá que demostrar que piensa y lo hace como un hombre; el arte, la academia, la política, la medicina bajo sus reglas y modos. Así podrá saber medicina, arquitectura o ingeniería, siempre y cuando no amenace el poder y las alianzas ya establecidas previamente entre ellos.

Esto significa que los hombres van a tener poder y decisión sobre la organización colectiva y las mujeres no; las que no logren salir, no se van a organizar entre ellas porque no van a ver físicamente a otras. Ellos pueden ir y encontrarse con otros pares-padres. Esa es la definición-diferencia entre lo público y lo privado.

MASCULINIDAD

Para poder mantener esta imposición llamada feminidad fue necesario que quienes imponían construyeran una masculinidad, elementos psíquicos que concretaran la dominación:

A diferencia de la obligación de la belleza restrictiva para nosotras, en ellos fue alabado aquello que hablara de su fuerza, agilidad y libertad de movimiento; la fuerza misma; la valentía, la toma de decisiones; el espacio de lo público. Además, convenientemente, se le adjudicó ser *el proveedor* (en realidad, el dueño y administrador de los alimentos que se producen con el esfuerzo de la unidad familiar) y la fraternidad y lealtad con otros hombres como amalgama del sistema mismo. Pacto patriarcal, le llaman.

Consolidando ese pacto patriarcal, un sin útero ofrece una hembra con capacidad paridora de su *propiedad*, probablemente *su* hija o nieta a otro sin útero, a su par, quien también se apropió de una tierra, de una o varias hembras y explota su trabajo y el de las crías. Se la ofrece para su disfrute y explotación o el de sus hijos.

Lo que está sellando ese *intercambio de mujeres* es el pacto entre padres. *Emparentan*, la parentalidad es alianza entre ellos. Estos vínculos, a partir del ejercicio del dominio sobre las otras, les permiten crear clanes y nuevas comunidades que ahora son patriarcales. En este orden de ideas, es pertinente mencionar aquí la obra de Carole Pateman (1995) en donde describió que el pacto fundador de las sociedades (patriarcales) es el *contrato sexual*, que consiste en un acuerdo entre hombres heterosexuales para repartir entre ellos el acceso a los cuerpos de las mujeres.

Cuando se complejizan los vínculos, se crean pueblos y cuando crecen más esas redes vinculantes que emparentan, se crea el Estado.

El Estado como el brazo administrativo del patriarcado; el que regula cómo viven estos padres, el que pone el pavimento, el que hace organización y crea instituciones que legitiman el uso de la fuerza para mantener esa organización dada, el que, mediante las leyes, opera lo que llaman *justicia*, pero es, sobre todas las cosas, el mantenimiento de la ley del padre. En el centro y sobre el Estado está el patriarcado, que es el que construye estas relaciones e instituciones que se van complejizando hasta necesitar alguien que lo administre.

EN ABYA YALA

La fórmula de la familia dominada por el patriarca no cundió de inmediato, desde el Neolítico ha evolucionado y su difusión hasta la hegemonía ha sido un lento proceso. Engels (1988), por poner un ejemplo, señala huellas entre los griegos y entre pueblos asiáticos que dan cuenta de que existió, en efecto, antes de la monogamia, un estado social en el que no solamente el hombre mantenía relaciones sexuales con varias mujeres, sino que también la mujer mantenía relaciones sexuales con varios hombres y aún, en el siglo XXI, hay pueblos y religiones polígamos en distintas partes del mundo.

Sin embargo, cuando el Estado creció y se complejizó y el patriarcado como naciente sistema, pero insaciable desde su inicio, requirió depredar más tierra, crear imperios, despojar a otros pueblos y explotar a otros sin útero, —dado el valor para la reproducción y el trabajo, como el valor simbólico de objetos de dominio— las mujeres fueron botín de guerra en cuya posesión real o simbólica se esgrimía, cual trofeo o bandera, el sometimiento del otro.

Debido a condiciones geográficas, culturales, de formas de producción y a esperables resistencias, el proceso de universalización del bien engranado sistema mundo patriarcal ha ocupado milenios, tanto para su expansión como para su adecuación a circunstancias específicas culturales y geográficas y para su especialización. Por ello, mirar su funcionamiento en distintas partes del mundo, requiere ejercicios de contextualización. Sobre cómo se consolida en el Abya Yala y sobre su presencia previa a la colonización, hay profundas discusiones teóricas que aún no encuentran consenso.

Una de las dificultades para el análisis es la mirada colonial y colonizada de quienes estudian estos periodos. Al respecto, Leticia Bárcena (2007) escribe:

Cultural e históricamente siempre se ha posicionado al hombre como eje de la sociedad, cabeza y guía en lo político, religioso económico y cultural; esto debemos concebirlo también como fruto de la tradición ideológica

occidental. Con esta perspectiva se han pretendido leer y construir modelos antropológicos para las sociedades prehispánicas, que han limitado, obscurecido y deformado el papel real que tuvo la mujer en nuestras culturas ancestrales.

Por lo anterior, no puedo atreverme a considerar que entre las comunidades equivalentes al Neolítico y posteriores habitantes del continente habría exactamente un sistema de dominación sobre las mujeres, pues las diferencias sexuales no necesariamente significarían división sexual del trabajo y no necesariamente significarían valoración social distinta, al menos no de forma estática y homogénea. En cuanto a la tierra, tenía distintas formas de propiedad, en casos comunal, en casos con parcelas para uso común o para solventar las guerras e, igualmente, había explotación de parcelas individuales, siguiendo a Matos (2013).

Algunos datos sobre tres culturas, la Olmeca, la Mexica y la Maya, entre otras del Abya Yala, señalan las siguientes condiciones:

La llamada "cultura madre", la Olmeca, fue la más antigua del continente (entre 1,500 y 400 a.n.e.) —estaba en su apogeo en una época paralela a la de la cultura egipcia bajo el imperio de sus faraones— y es considerada como la precursora de todas las culturas mesoamericanas, incluyendo a los mayas y mexicas. Esta cultura se asentó en las costas de lo que hoy llamamos Golfo de México, Veracruz y Tabasco. La influencia olmeca y actividades comerciales se expandieron llegando hasta las zonas de la actual Nicaragua. En esta primera cultura, de acuerdo con Fernando Díaz Infante (Sotelo, 2006), en un principio, las mujeres olmecas eran: "practicantes de la poliandria y procreadoras como la madre tierra, eran respetadas".

En el mundo Mexica, indica Bárcena (2007):

La mujer humana o diosa representa un misterio, lo incomprensible, aquello que escapa de la explicación rápida y práctica. Las Diosas femeninas eran consideradas constructoras, protectoras, educadoras y bastión de la sociedad, no podemos omitir que la figura de la madre en el mundo prehispánico jugó un papel determinante.

Así mismo, Benavides, citado por Bárcena (2007), plantea que en la cultura de los mayas las inscripciones jeroglíficas muestran mujeres ocupando el más alto rango de gobierno y de autoridad política:

Nos referimos a aquellas mujeres a quienes los epigrafistas también denominan reinas. En este grupo podemos colocar a Une Balam de Tikal (siglo IV) y a la Señora de Tikal (siglo VI); a la Señora Yoh Ik Nal (finales del siglo VI) y la Señora Sac Kuc (inicios del siglo VII), ambas de Palenque; la Señora Rector Katún y la Señora Huntan Ahk (siglo VII), ambas de Piedras Negras. (Bárcena, 2007).

Entonces, es posible identificar que hay vestigios de épocas en donde las mujeres tenían preponderancia espiritual y política. Sin, embargo, estas condiciones fueron transformadas y desafiadas en distintos momentos del devenir histórico. Importantes pistas sobre cómo pudo haber ocurrido este proceso, todavía se pueden rastrear en los mitos que se repiten en los pueblos originarios.

La envidia patriarcal en Abya Yala

Karen Horney, psicoanalista, fue la primera que en la década de los treinta cuestionó la supuesta "envidia del pene", declarada por Freud, e incorporó la noción de una "envidia del útero" y mostró cómo el papel secundario de los hombres en la génesis de la vida los lleva a desarrollar un verdadero miedo a las mujeres. Podemos partir de esa precursora para señalar que, en 2006, Díaz, psicoanalista mexicano, en un encuentro de estudiosos de la cultura Olmeca, señaló que muy probablemente la transformación del lugar socio cultural de las mujeres en la región está relacionada con esta mencionada envidia: "Los hombres de aquella época le tenían mucha envidia a la mujer. Desconocían el concepto de paternidad porque ellas practicaban la poliandria, aceptada en el preclásico inferior y que empezó 30 mil años antes" (Sotelo, 2006). Entre las conclusiones de Díaz está el hecho de que naciera posteriormente un *reinado* masculino lleno de remordimientos, temores y actitudes persecutorias:

Por esa angustia inventaron mitos como el que la mujer tenía vagina dentada que a la hora de hacer el amor les cortaría el pene y tenían que protegerse. O el tótem del jaguar, animal poderoso, fecundo, salvaje, con el que se identificaron; desde entonces todo es jaguar en los olmecas" (Sotelo, 2006).

Shadow, citada por Huerta y Soto (2019), señala procesos similares en otras culturas:

Con el tiempo, las mujeres fueron despojadas de la oportunidad de ser dueñas de los productos aportados a la economía desde las unidades domésticas, así como los puestos de poder dentro del aparato gubernamental y las estructuras estatales. Posteriormente, en el Preclásico medio (1.200- 400 a.n.e), la aparición de fuertes controles sociales sobre la capacidad reproductiva de las mujeres, la segregación laboral y la apropiación de la fuerza de trabajo por grupos políticos dentro de las mismas aldeas fueron estableciendo diferencias sociales jerárquicas basadas en el sexo y orillándolas a dedicarse casi exclusivamente a las labores hogareñas y al cuidado.

Una pista interesante sobre esta disputa social nacida de la envidia de los hombres es el temor a la "vagina dentada" (de la sexualidad y capacidad paridora que amenaza el poder masculino) y su asociación con la tierra madre-creadora de vida. Se repite en mitos de pueblos originarios y han sido documentados por distintas investigadoras e investigadores. Algunos de ellos se presentan a continuación, recopilados de las obras de antropología de Miriam López (2011 y 2014) y de Jorge Báez (2010):

Hay un mito en el Códice Magliabechiano que relata que hubo semen —producto de la masturbación de Quetzalcóatl— que se transformó en un murciélago, el cual fue el encargado de cortar un pedazo del interior de la vagina de la diosa Xochiquetzal...Barthel, citado por López, señala: "este mito bien podría contener una imagen de la vagina dentada en la concepción nahua".

Escribe López:

La idea de dientes vaginales es una creencia extendida en distintas culturas, dicha dentadura podría mutilar al pene en el momento del coito. De ahí que exista miedo y riesgo al realizar el acto. En este caso, el murciélago —al servicio de los hombres— arranca dicha amenaza para poder llevar a cabo la relación sexual. Esta representación simbólica de la castración de la sexualidad femenina (negada y castigada) es parte del imaginario indígena (antiguo y contemporáneo) en torno a este ámbito de las mujeres (2011).

En los años treinta se documentó que entre los huicholes había relatos míticos en los cuales Kauymalí con un cuerno de venado colocado en su pene, rompe las dentaduras vaginales de las mujeres, posibilitando la cópula. Esta figura de Kauymalí tiene paralelismos simbólicos con personajes de largo pene, presentes en las mitologías de Norteamérica y América del Sur.

La *Leyenda de los Soles* podría ser una versión transmutada del motivo de la vagina dentada. Ahí se relata que dos personajes llamados Xiuhnel y Mimich persiguieron una vez a unos venados bicéfalos para flecharlos, los cuales posteriormente se convirtieron en mujeres. Xiuhnel respondió a la invitación sexual de una de ellas y lo devoró después de copular con él.

Hay un mito zoque de Piowacwe, concebida como "mujer volcán" de vagina dentada, e identificada, en su furia, con la erupción del volcán Chichonal.

En los documentos revisados por López y por Báez, la cosmovisión mexica, la vincula con diversas figuraciones del "monstruo de la tierra" (Cipactli-Tlaltecuhtli, Coatlicue-Itzpapálotl) y se establecen paralelos entre la cueva, el temazcal y el útero.

Tlantepuzilama era "la vieja con dientes de metal o de cobre" y tiene diversas representaciones de la madre telúrica mesoamericana.

También, hay una interpretación del mito referido al pie cercenado de Tezcatlipoca. Fundado en los mitos huicholes, otomíes, huaves y zoques en torno a la vagina dentada, sugiere que el pie (o pierna) de Tezcatlipoca "representa sin duda el símbolo de una mutación sexual, donde el sexo del héroe es la presa de las fuerzas telúricas" (Báez, 2010).

En las representaciones colectivas de los otomíes del sur de la Huasteca, la castración desempeñaba un *papel clave*. En esta cosmovisión, el pene es el *doble* del hombre; es decir, su *alter ego*. De acuerdo con este código sexual, la mujer "se come el pene", "mata al hombre" para "permitir el nacimiento de la vida".

En el imaginario de los pueblos mayanses asentados en torno al lago Atitlán, se identifican imágenes vinculadas al "monstruo de la tierra" (a la deglución, castración y al sacrificio).

En la *Historia de Guatemala* se detallan creencias relativas al sacrificio de jóvenes al volcán Atitalhuyú (la "vieja del monte") cuando arrojaba humo y fuego, señal de que "tenía hambre y pedía alimento".

En el *Popol Vuh*, la Madre primordial Xmucamé ("antigua ocultadora con gigante abertura") se equipara a la vagina terrestre.

En el *Diccionario maya-español de San Francisco* se llama *hayal haltun* a las "partes pudendas" de la mujer, a la vagina. *El Diccionario de Motul (I)* traduce hayal como "temor, espanto que uno tiene o toma porque [...] le persiguen o le hacen otro daño". Según el *Vocabulario de Viena*, hayal es el "degolladero del hombre o animal que siendo herido muere". En el antes citado texto de *Motul (I)* se da a *haltun* el significado de "poza de agua hecha con peña viva". En traducción libre, *hayal haltun* (la vagina) sería "el temido degolladero del hombre", recopila Báez (2010).

Chinchilla Mazariegos, citado por Báez (2010), utiliza los planos míticos y simbólicos de la vagina dentada para interpretar la Estela 25 de Izapa y las guacamayas del juego de pelota de Copán. Parte de las narraciones mitológicas de México y Guatemala para develar la historia de Siete Guacamaya en el *Popol Vuh*, e identifica "grandes pájaros con vagina dentada del arte prehispánico".

Tlaltecuhtli, la señora de la tierra, devoradora de los cadáveres para liberar el alma, es identificada con la imagen de la vagina dentada (y la castración, su consecuencia inmediata) es el símbolo de la fertilidad, nacimiento, mantenimientos y en general se concebía como una *madre* (anoto: mujer paridora). Ella tenía un doble papel: productora (fuente de alimentos) y consumidora (fuerza destructiva). Oposición crucial para el ciclo de vida tanto vegetal como humano. Se le presenta tendida sobre las nalgas, espalda, hombros y cabeza y con las piernas abiertas. Posición que puede interpretarse de parto o de coito.

Entre los nahuas prehispánicos, la mujer y en especial su sexualidad "desbordada" era vista como una amenaza y causal de muerte si los hombres se dejaban atraer por ella.

Al respecto, hay un relato de Sahagún, recopilado por López (2011), según el cual unas ancianas, reprendidas por Nezahualcóyotl, quienes tuvieron una aventura sexual con unos jóvenes sacerdotes, al ser interrogadas sobre cómo aún podían estar interesadas en el acto sexual, respondieron que los varones cesaban de viejos por haber abusado en la juventud de su potencia y haberse vaciado, pero las mujeres son insaciables.

Un relato mixteca cuenta que los gemelos que habrían de convertirse en el Sol y la Luna durmieron a una mujer con dientes en la vagina —que era dueña de una serpiente de siete cabezas que exigía víctimas humanas—, y que el hermano menor, que habría de convertirse en la Luna, le rompió los dientes con una tenaza para poder copular con ella.

Volviendo al mito inicial (Códice Magliabechiano, 1970:61v), valora Miriam López (2014) que la acción del murciélago al cortar probablemente los dientes de Xochiquetzal, es el primer paso para poder llevar a cabo la primera cópula. "La diosa como representante de todas las mujeres nahuas que no han sido desfloradas, tendría que pasar por esta castración para eliminar el peligro que encerraba su vagina". Al romper los dientes de la diosa, las mujeres ya nunca más castrarían a los hombres.

Podrían llenarse más páginas con interesantes vestigios de los mitos surgidos desde la envidia-temor de los hombres a la sexualidad y capacidad paridora de las mujeres en el Abya Yala y de la violencia con la que han buscado someterlas. Sin embargo, bastan por ahora como indicios de un proceso psíquico colectivo que da cuenta de cómo se va configurando el enfrentamiento entre distintos mundos posibles a partir de los ejercicios de opresión de unos y defensa de otras.

Evelin Huitrón, historiadora lesbofeminista entrevistada en 2021 para la redacción del presente documento, identifica no una hegemonía patriarcal, sino un período de disputas desde el preclásico temprano y el tardío porque en los vestigios se pueden identificar, en distintos puntos, tensiones entre las manifestaciones culturales de los pueblos. Por ejemplo, en Chalcatzingo, las mujeres que habitaron en esa región hicieron representaciones de hombres sometidos y expulsados, mientras que, en otras regiones cercanas, hay representaciones falocéntricas.

De acuerdo con Ann Cyphers (1994):

Localizado en el valle oriental de Morelos, Chalcatzingo ha sido reconocido como un sitio clave del Altiplano central mexicano por la influencia olmeca que se observa en él. Las mujeres del Preclásico en Chalcatzingo ocuparon posiciones clave y desempeñaron actividades de gran relevancia. Las mujeres de alto estatus y las madres, hijas y adolescentes de todos los niveles sociales, participaron como actores centrales en ritos relacionados con momentos clave del ciclo de la vida. Los efectos inmediatos y a largo plazo de los ritos son evidentes en muchas facetas de la vida, desde lo social, en las casas habitacionales del lugar, hasta lo económico y lo político, en las relaciones con otras culturas como la olmeca.

Cantona, fue una de las ciudades de la región, con mayor grado de urbanización, ubicada en Puebla, cerca de la frontera con Veracruz. En el cambio de temporalidades de Cantona I a Cantona ancestral, período posclásico, alrededor del edifico central se colocaron representaciones de genitales masculinos. Entonces, puede ser otra manifestación de ese tipo de tensiones. ¿Qué habrá ocurrido ahí?

Otro ejemplo que menciona Huitrón es sobre Xochitecatl, un sitio de probable preponderancia de las mujeres.

Hay un bloque, Xochitécatl-Nativitas-Nopalucan, que es una formación geológica ubicada en el valle de Puebla-Tlaxcala, dentro del cual se encuentra Xochitécatl que es un sitio asentado en lo que antiguamente fue un volcán y que fue utilizado como un centro cívico-ceremonial que se edificó en el año 800 a.n.e.

Huitrón señala que del período preclásico de Xochitécatl hay tinas de piedra, sapos y una serpiente con rostro de mujer encontradas dentro de ellas: "Además — puntualiza— la representación de la cuerpa de una mujer y su vulva. Casi al lado del cuerpo de un hombre en posición de masturbación, yo considero que tiene características de ser una escultura *cercenada, matada o descabezada*, claro que existe la opción que sea accidental, pero no creo que sea casualidad, por su cercanía a la otra escultura".

Un elemento que interesa a nuestra indagación es que la antigua escalinata de la pirámide de las flores está construida con metates²⁰, muchos de ellos con características de haber sido utilizados.

Uno de los principales indicadores del culto femenino en Xochitécatl son las numerosas ofrendas de figurillas de mujeres halladas en el sitio. Representaciones de mujeres con los brazos levantados, mujeres embarazadas en cuyo vientre había espacio para colocar la figura de un bebé, mujeres ricamente ataviadas, mujeres con un niño en sus brazos, niñas con pintura facial en cunas, ancianas con cuerpos pintado, mujeres guerreras y mujeres diosas. Huitrón señala que "la ofrenda de figurillas de mujeres fue colocada hasta el posclásico. Puede ser un ritual de resistencia".

20 El metate es una piedra lisa que las mujeres han usado tradicionalmente para moler el maíz, el cacao y otros productos básicos para la alimentación.

Este lugar fue abandonado paulatinamente. Tal vez influyeron los cambios climáticos, la erupción del volcán. También, hay indicadores de que elementos externos aceleraron las migraciones, señala Evelin Huitrón.

El último indicio del enfrentamiento del que me ocuparé para este documento es el mito de los mexicas que narra el embarazo de la diosa-madre-tierra Coatlicue, fecundada por unas plumas de colibrí que cayeron del cielo. No es un embarazo producto del deseo de ella, es impuesto sobre su cuerpo mediante un accidente o trampa (curiosamente, es similar el mito de Zeus, el dios griego que engaña a una joven con plumas de cisne). Coyolxauhqui (la luna), hija de Coatlicue comanda a sus 400 hermanos (o hermanas, según se interprete), las Centzonhuitznahua (estrellas del cielo del sur), para impedir que nazca o para matar a ese hijo a quien no reconoce como hermano.

Huitzilopochtli, producto de ese embarazo impuesto, nace armado y vence a las estrellas y a Coyolxauhqui, a quien decapita para después arrojarla desde el cerro, quedando así su cuerpo desmembrado y el asesinato de Coyolxauhqui significa el comienzo de la era de adoración a ese dios que nace sin deseo materno y con una acción feminicida.

Cabe aclarar que Huitzilopochtli es una entidad originaria de México-Tenochtitlan y sin predecesores identificables en los distintos pueblos mesoamericanos. Si Tenochtitlán fue fundada muy recientemente, en 1325 aproximadamente, sería interesante reflexionar sobre cómo este relato es semejante a otros en donde diferentes formas de organización patriarcal se imponen sobre las organizaciones sociales —en donde las mujeres tenían preponderancia—, disputándoles la tierra, la elección paridora y asesinando de aquellas que se resistían. No es accidental que nazca armado y sea considerado el dios de la guerra.

La leyenda dice, pues, que, con el nacimiento del dios de las armas, hijo cuya concepción no fue elegida, en el acto feminicida en contra de la hija de la tierra es que comienza la era que hoy habitamos. ¿Puede ser más explícita?

¿Es que acaso, para los años previos a la conquista, estaban vivas las disputas por el sometimiento de las mujeres en esta región?

Si bien la mayoría de los ejemplos mencionados pertenecen al territorio que se conoce como Mesoamérica, podemos sospechar que la falta de homogeneidad cundía por el resto del continente. Podríamos, en ese orden de ideas, formular una hipótesis sobre la presencia de poblaciones que aún no podían ser llamadas patriarcales, pero sí patriarcalizadas y que, sin embargo, hay datos, en los mismos tiempos y espacios, de la existencia de comunidades de mujeres en resistencia, comunidades en transición o en otras formas organizativas.

Lo siguiente es que estas disputas fueron irrumpidas por la llegada de los españoles y la subsecuente colonización.

No estoy segura de que se *encontraran* dos patriarcados, pero sí de una funcionalización y refuncionalización del ya conformado patriarcado que trajeron los europeos con el cual se potencializaron las lógicas que podríamos llamar *patriarcalizadas* y *patriarcalizadoras* en la región, aquellas que se desarrollaban previamente dada la envidia por el poder de las mujeres en los enfrentamientos en este lado del mundo. Ahí, se continuó y se expandió la patriarcalización del planeta. Marta Fontela (2000) escribe:

En la América conquistada por los españoles, la subordinación de las mujeres se consolida especialmente a través de las Leyes de Partidas, la familia patriarcal y la influencia y poder de la Iglesia católica, continuándose en las leyes de los Estados–Nación que se van constituyendo a lo largo del siglo XIX.

Con cada nueva conquista, con cada nuevo imperio, con cada modificación en el sistema de producción, con cada nueva niña robada y obligada a parir al hijo del colonizador, el patriarcado se refunda, refrenda y refuncionaliza.

Igualmente, Fontela (2008) señala una transformación del patriarcado en el tiempo:

La forma de entenderlo como poder de los padres, llega hasta la modernidad, donde el ascenso de una nueva clase, la burguesía, necesita dar otro

fundamento al ejercicio del poder para adaptarlo a los cambios producidos. Este nuevo fundamento es el pacto o acuerdo social, mediante el cual se organiza el patriarcado moderno... Algunas autoras consideran que, en la constitución del patriarcado moderno, los varones también pactan su poder como hermanos. Los ideales de igualdad, libertad y fraternidad remiten a este pacto entre fraters... Con la formación de los Estados modernos, el poder de vida y muerte sobre los demás miembros de su familia pasa de manos del pater familias al Estado, que garantiza principalmente a través de la ley y la economía, la sujeción de las mujeres al padre, al marido y a los varones en general, impidiendo su constitución como sujetos políticos.

Así llegamos a esta época en donde resistimos a la explotación del apropiador directo, a la explotación en el mercado de la producción y a la explotación y tiranía del *padre* Estado.

La consecuencia de la introyección psíquica de la masculinidad y de la feminidad en la vida cotidiana es que, aproximadamente, doce mil años después de que, a partir del advenimiento del Neolítico, comenzó a actuar la envidia patriarcal, las mujeres, en general, permanecemos haciendo labores de servicio y poco valoradas socialmente, atomizadas entre nosotras y sujetas a una cultura que nos enajena, explícitamente: nos vuelve ajenas a nosotras mismas. Los hombres, a partir de su propio trabajo valorado socialmente y la explotación de las mujeres, se enriquecen, crean cultura desde su mirada del mundo, refuerzan los lazos entre ellos, organizan política y económicamente el devenir mundial y refuncionalizan el sistema para que continúe esta forma de existencia colectiva en donde ostentan el privilegio.

LA RESISTENCIA DE LAS MUJERES

Debe ser un poco descorazonador estar leyendo las líneas que escribo, porque no narro algo que ocurrió alguna vez. Las mujeres que me leen saben que esto sigue ocurriendo y que pasa por nuestras cuerpas.

Hoy, salvo excepciones de gran resistencia, en cada departamento de cada edificio de cada alcaldía de cada ciudad; en cada casa de cada pueblo, de cada villa, de cada barrio, de cada estado, de cada país hay un padre, vivo o simbólico, con una mujer-madre apropiada por él criando a hijos e hijas que no son suyas desde que las llevaba en el vientre. Igualmente, se encuentra desvinculada de otras mujeres, incluso, de las que viven en la puerta contigua. Casi universalmente el mundo está organizado así. Está pasando ahora.

Esto se ha sofisticado, se ha decorado. Al intercambio de úteros lo adornaron con vestidos lujosos y fiestas de bodas, crearon la idea del matrimonio como la bendición de la matriz; esto es, que vamos a una ceremonia religiosa para que nos echen *agua bendita* para desear que le demos muchos hijos al príncipe azul, nuestro apropiador. Después, extasiadas, miramos como nos sacan a la cría de nuestro vientre y entregan tijeras al progenitor para que corte el cordón que la vincula a nuestra placenta y, nosotras, nos encontramos agradecidas de que el apropiador la nombre como *suya* y le dé su apellido, o, de que haya comprado a nuestra cría, si alquiló nuestro útero.

Lo hemos decorado, lo hemos sofisticado —tal vez para no enloquecer de desesperación—, pero el sistema sigue teniendo el mismo espíritu desde que el primer sin útero secuestró a la primera de nosotras y que hace 7 mil o 9 mil años en donde nuestro cautiverio comenzó a consolidarse.

La pesadilla patriarcal continúa sucediendo, con distintas intensidades. Ahora mismo hay miles de compañeras que están encadenadas, literalmente, sirviéndoles sexualmente a hombres borrachos o drogados que están aprovechándose de ellas,

hay niñas que están siendo torturadas en este momento para crear videos de pornografía infantil; hay una mujer siendo *desaparecida*, mientras se dirigía a su trabajo; hay campesinas acorraladas con cultivos agrotóxicos de la Monsanto, sofocando las semillas criollas y variedades creadas para asegurar la soberanía alimentaria de ellas y sus crías; hay estudiantas siendo violadas por sus compañeros de escuela y hay campesinas de doce años encontradas en pozos después de violarlas y matarlas.

La dominación siembra el horror como un péndulo con filo listo para despedazarnos de forma, incluso, azarosa.

Pese a lo anterior, hay una cosa que quisiera recordarnos a todas: si bien les estoy contando una historia de tremenda opresión, hay una historia subyacente. Son 12 mil años, también, de resistencia. 12 mil años en que las pequeñas y grandes oposiciones no han podido ser detenidas ni nuestras gargantas terminadas de silenciar. Si el proyecto patriarcal hubiera sido totalmente exitoso, la esclavitud sería completa. Esto significa que algo salió mal, porque si el patriarcado hubiera terminado de cuajar, de triunfar, todas nosotras estaríamos atadas por completo, con un aro de acero y una cadena alrededor de nuestros cuellos.

No estamos todas con las manos atadas, algunas tenemos pequeños lugares o momentos de escape para encontrarnos entre nosotras, hablar, escribir o reflexionar. Quiere decir que alguien, muchas otras, hicieron resistencia para que, al menos, unas cuantas de nosotras podamos estar pensando que aún se puede resistir y, quién sabe, cambiar el orden de las cosas, hasta ayudar en lo que podamos a las más vulnerables. No quiere decir que seamos libres, estamos también en cautiverio, pero tenemos la impronta que nos alcanzó de las que vienen oponiéndose al horror desde hace 12 mil años y, eso, nos posibilita a sembrar otras resistencias y a tratar de acompañar y acompañarnos en los padecimientos.

Huellas hay por todos lados. El temor a las vaginas dentadas de las que hablan los mitos en Abya Yala, a las mujeres con serpientes en la cabeza, a la Ixtabay o a las presencias femeninas en los bosques o en las cuevas, a los cuentos sobre brujas, las novelas que advierten sobre las mujeres perversas.

Moliere no hubiera escrito *Las mujeres sabias*, presentando mujeres arrogantes a las que ridiculizar, si no hubiera algunas mujeres que estaban incomodándolo con su intelectualidad. Ahí hay huellas de ellas. En las celdas de castigo de las monjas, a las que ya eran bastante desobedientes, las castigaron mandándolas al convento y, aun así, siguieron desobedeciendo y por eso existen las celdas de castigo en donde buscaban someterlas. Así buscaron silenciar a Sor Juana y, contra todo, hasta hoy nos llegan sus versos.

Todos los *grandes* autores que dejaron frases misóginas célebres, ¿a quién y para qué se las escribían si no hubiera mujeres a las que aleccionar?

Ellas dejaron sus huellas indóciles. Se colaron a las universidades vestidas de hombres, se fugaron de sus casas, vivieron solas, abandonaron a los maridos, se parieron a sí mismas...

Aún antes, en la cuenta larga, hubo mujeres que elaboraron cerámicas decoradas con imágenes de sí mismas, representaron embarazadas, a otras amamantando, moliendo en metates, jugando con perritos, danzando, mostrando el poder de sus vaginas abriéndolas simbólicamente con sus dos manos, enfatizando sus enormes vientres y sus enormes senos o pariendo en cuclillas. A pesar de vivir el asedio pudieron crear y autorepresentarse.

Siempre ha habido mujeres transgrediendo los mandatos de la feminidad, pensando, enarbolando sus propias ideas, negándose a ser sujetadas, creando, disputando su maternidad o la obligación de su maternidad, haciendo oficios prohibidos, escapando de casa, vistiendo como no debían... Entonces, huellas

pequeñas por aquí, por allá, de mujeres que se han rebelado. Son una historia colectiva de resistencia que se hace concreta en nuestra carne.

Las páginas precedentes han tenido por objeto mostrar algunos de los distintos aspectos que conforman la historia económica, política, social y psíquica de un sujeto complejo al que mujeres definimos como mujeres. Como cihuameh, en mi caso. Nosotras, con lenguas distintas, con relaciones distintas o desiguales entre unas y otras, atravesadas y, en ocasiones, enfrentadas por la edad, la clase, el colonialismo, la capacidad física, el color de piel, la etnia, el lugar político, pero que compartimos elementos en común en un lugar específico en el sistema mundo patriarcal. En conclusión, cuando digo *mujeres*, estoy refiriéndome a:

- 1.— Primero, hay un cuerpo. El cuerpo con presunta capacidad paridora, lo utilicemos para parir o no, nos obliguen a parir o no. Sobre ese cuerpo no habría toda esta historia de opresión sin esa característica biológica, no habría nada que extraerle. La unidad anatomofisiológica que se identifica por la presencia de una vulva al nacer es el signo de aquello que otros han explotado por milenios.
- 2. Sobre ese cuerpo se construyó el supuesto destino ideal de una madre, y para construir ese mandato, el de la maternidad, como misión simbólica o quien cumpliera con trabajos de cuidado y servicio, aunque no hubieran parido, se lanzaron los mandatos de feminidad, y estos mandatos se funcionalizan por medio de las construcciones de género/división sexual del trabajo que dependen del momento histórico-económico. A veces, se necesitaba que el trabajo fuera puertas adentro, ahora se necesita que también vayamos al mercado de producción.
- 3.— La construcción psíquica de la heterosexualidad obligatoria y de la feminidad tuvieron por objeto la introyección, aprendizaje y naturalización de la explotación. Tanto del cuerpo-trabajo y la creatividad que implica realizarlo, como de los productos de la sexualidad y del cuerpo. Esta explotación tiene características

específicas en las mujeres dependiendo de sus condiciones y lugares en el sistema mundo, de clase, edad, raza y otras.

- 4.— Sin embargo, cada niña, cada adulta, cada mujer mayor ha tenido distintos grados de consciencia de que puede vivirse de forma distinta, de que hubo un tiempo en el cual no se existía en cautiverio. Psique-memoria de que antes de estos milenios hubo otros, el triple de milenios probablemente, en donde ser mujeres se significaba también desde el cuerpo y su poder, pero no se vivía en servidumbre.
- 5.— La historia política de resistencia de nuestras antecesoras, de aquellas que resistieron desde la cuenta larga de tantas eras, así como de las madres y abuelas. Las pequeñas y grandes resistencias que nos permitieron mantenernos con vida, respirar, insubordinarnos, preguntarnos. Herencia política de mujeres para las mujeres.

Entonces, cuando escribo las palabras "mujer" o "mujeres" estoy hablando de seres sobre cuyos cuerpos se presumió una capacidad paridora al nacer y sobre los que, en el patriarcado, se impusieron los mandatos de heterosexualidad y feminidad para poder explotar sus trabajos, su sexualidad y sus crías. Los mandatos de feminidad y heterosexualidad conviven en la misma psique con una insubordinación-memoria de otro modo, atávico, de existir mujeres, amarse entre mujeres, y que cada tanto se rebela a la explotación, sumado a la herencia política de otras mujeres que han resistido previamente. Todos estos elementos ocurren de forma concatenada y varían con una elasticidad que tiene que ver con el lugar de opresión que ocupa cada una en el sistema mundo patriarcal.

Cuando tenemos clara esta serie compleja de elementos, conceptuales, éticos y políticos, sabemos de qué estamos hablando cuando hablamos de las mujeres como sujetos del análisis lesbofeminista.

HOY

Hasta aquí, desde luego, parece un poco abrumador el tema de cómo ha devenido el mundo en un sistema patriarcal y cómo se deposita su funcionamiento sobre nuestros cuerpos. Sin embargo, no es todo:

El sistema mundo patriarcal se reactiva constantemente. Ahora con un nuevo ajuste que significa nuevos grados de explotación y de sufrimiento para las nuestras.

Estoy diciendo que las 5 familias más ricas del mundo controlan 621 mil millones de dólares, de acuerdo con la revista *Forbes* de octubre del 2020. Sabemos que la economía ha sido globalizada, ya está dividida entre unas cuantas personas. Ya no hay más zonas por invadir. La tierra ha sido conquistada y repartida, salvo unos cuantos territorios en resistencia. Las grandes empresas en realidad son monopolios que tienen distintas derivaciones y con distintos nombres, para que parezca que hay diversidad de marcas comerciales, pero es un embuste. Nos venden la ilusión de elección.

Si la tierra, y sus productos, está completamente fragmentada y apropiada por unos cuantos, ya no queda de dónde obtener más riqueza. Un punto crítico de esta situación es que el sistema económico se funcionaliza y refuncionaliza a partir de lo que se extrae colonizando y depredando territorios y a sus habitantes. Si se están agotando los puntos geográficos por desbastar, incluso el subsuelo por dinamitar, si las guerras sobre guerras no alcanzan para reactivar las economías, ¿qué queda para reactivar la gran maquinaria?

Quedan por ser explotados los cuerpos de las mujeres.

¿Los cuerpos de las mujeres?

Parecería una locura esta afirmación cuando líneas atrás he venido exponiendo sobre miles de años de secuestro, violación, exigencia de trabajo de servicios y de

cuidados, más trabajo en el mercado de la producción, apropiación de crías y de la sexualidad, ¿qué más podría extraerse de un cuerpo ya depredado?

Aquí vale la pena recordar cómo la fase reciente del capitalismo se ha especializado en obtener recursos mediante la fragmentación y la fractura de la tierra, para sacarle hasta el último residuo de mineral que pueda haber en su centro. La misma técnica está siendo aplicada con todo lo que le rodea, así, todo desmenuza: La tierra, los árboles, las ideas... Todo lo hace pedacitos y lo vende en esos trozos. Lo mismo están haciendo con las mujeres.

En México, afuera de las carnicerías, ponen imágenes macabras de una vaca o una ternera con su cuerpo trazado por líneas blancas, como las que ponen los policías para dibujar las siluetas de los cadáveres. Así, marcan pedazos de ese cuerpo para indicar a qué tipo de corte pertenece, a qué parte del animal, para que los clientes elijan lo que les apetece engullir. Eso mismo están haciendo con nosotras.

La operacionalización de esta nueva fase del patriarcado es la nueva forma de apropiación de los cuerpos de las mujeres. Nos han fragmentado porque somos buen negocio. También alquilan nuestros úteros, nuestras bocas, nuestras vaginas, nuestros anos, así como hay granjas de leche materna para consumidores gourmet, o nuestra leche y pechos son perseguidos por parafílicos que gustan de succionar mamas de mujeres lactando. Igualmente, son rentados nuestros abrazos o escucha para empresarios y se venden escenas en donde nos torturan en el cine *snuff*, o se venden expediciones para hacer caza feminicida de las mujeres, negocio de narcos, gobernantes y grandes empresarios. Nuestras manos son esclavizadas en maquila específica, siembra y transporte de drogas; comercio visual con nuestros cuerpos en la publicidad, maternidad como nicho de consumo. La lista sigue con nuestros óvulos a la venta para que hombres manden a hacer bebés a su capricho, nuestras placentas usadas para cosmética, porno clandestino que captura nuestra intimidad en los cuartos de baño de espacios públicos, en hoteles, en autos y en casas...

Así como para que existiera el patriarcado clásico —que no deja de existir ni de ser vigente y que convive y se hace funcional con esta nueva fase que podría llamarse nuevo patriarcado o patriarcado posmoderno, en completa alianza—, fue necesario, además del horror y el sometimiento físico, crear el sometimiento psíquico de las mujeres mediante la instalación de la feminidad. En este momento histórico asistimos a la instauración de una nueva feminidad. Mandatos actuales y otros refuncionalizados:

- Debo ser plásticamente hermosa, modificar mi cuerpo a como dé lugar para responder al ideal de la belleza que me exigen.
- Empoderamiento es saberme deseada, me siento poderosa porque me desea utilizar sexualmente el amo.
- —Debo convencerme de que el dolor y la incomodidad son placer.
- Que la violencia es erótica.
- —Que todo es vendible, incluso yo.
- Que mis crías no son mías.
- Debo sentir desprecio por mi capacidad paridora para que otros puedan lucrar con ella.
- Elegir lo que a ellos les sirve me hace aceptable.
- Entregar los saberes de las mujeres me hace más apreciable al amo.
- Despreciar los saberes de las mujeres me hace más apreciable al amo.
- Hablar de nuestros genitales es esencialista, redundante, absurdo.
- Las mujeres no existen, todas somos mujeres, nadie es mujer.

Una de las motivaciones más profundas de la nueva feminidad es la búsqueda de acabar con esta historia de resistencia, para acabar con el sujeto indomable. Así siembran la completa indefensión.

Igualmente, otro ejercicio significativo de esta *novedosa* feminidad es el intentar anular a las que nos vivimos lesbianas como acción política antipatriarcal, tratando de erradicar nuestra existencia. Tras cientos de años de invisibilizarnos, no

desaparecimos; tampoco lograron anularnos vendiendo nuestra imagen para la erotización masculina en la pornografía ni lograron asimilarnos ofreciéndonos llamativas "bodas LGBT" para que cumpliéramos lugares ficticios en la producción y en la reproducción, aceptadas por el sistema. Ahora, quieren erradicarnos tratando de convencer a las más jóvenes de que su desobediencia, su memoria psíquica atávica de la vida posible sin opresión, su sexualidad en encuentro con la sexualidad de otras significa habitar cuerpos *equivocados* y tratan de seducirlas para que abracen las prerrogativas de la masculinidad, desconociendo su historia de mujeres.

Mención cercana merece el *posfeminismo*, término que, de acuerdo con Isis Giraldo (2019), se refiere a una cultura e ideología que simultáneamente incorpora, revisa y despolitiza muchos de los asuntos fundamentales para el feminismo, internaliza, refuerza y perpetúa lógicas patriarcales de organización social. Por un lado, construye a las mujeres como sujetos y consumidoras, otorgando al consumo el estatus de mecanismo de empoderamiento, y, por el otro, mercantiliza el activismo feminista. "De ahí la importancia del prefijo pos y su implicación semántica acerca de cierta obsolescencia del feminismo inherente al término". Giraldo explica: "es un régimen de subjetividad femenina de proyección global, intrínsecamente conectado con el capitalismo y con el ethos neoliberal, que incorpora feminidad espectacular e hipersexualización..."

El posfeminismo es la fagocitación que hace el patriarcado como elemento de sustento hacia la nueva feminidad que sirva de *vacuna* en contra de la resistencia feminista y lesbofeminista.

Recientemente, la pandemia y los efectos pospandemia por la Covid-19 han agudizado todas las situaciones de opresión a las mujeres, aislándonos, dificultando y robando vínculos, enfermándonos, precarizándonos más. Los proxenetas y su propaganda, así como mujeres a su servicio, como aves de rapiña, tratando de atraparnos para comerciar con nuestros cuerpos y con nuestra capacidad de gestar

y parir. Todo esto habla de la violencia exacerbada de los apropiadores sobre adultas, mujeres mayores, niñas. Sobre todas nosotras.

En este momento estamos viendo este abrumador embate, silenciamiento y persecución a quienes señalamos el peso de esta nueva feminidad y neocolonización de nuestros cuerpos territorio. Es doloroso y solitario, sin duda.

Ante ello, insistiré en que la mera posibilidad de leernos y escucharnos entre nosotras, aun en condiciones difíciles o precarias, es producto de una historia de resistencia de nuestras antecesoras.

Ellas, las que hicieron caminos de insubordinación antes que nosotras, probablemente, también debieron sentirse abrumadas y debieron haber tenido mucho miedo. Tampoco estaban seguras de para dónde quedaría la salida y, sin embargo, lograron impedir que algunas fuésemos del todo esclavas. Esas pequeñas rendijas que algunas tenemos para respirar y por donde entra la luz y, sobre todas las cosas, el sueño de que sea distinto para las que ahora están creciendo y para las que vengan.

Nos toca hacer la resistencia para que a las mujeres que están naciendo no les sea tan duro. Ojalá para voltearlo y quemarlo todo. Ojalá podamos ya voltearlo y quemarlo todo. Tenemos una responsabilidad con esta herencia.

Nos toca a nosotras.

Al inicio de estas líneas, proponía que el texto que tienen en sus manos es memoria y es teoría. Espero que, además, se escuche como un llamado ansioso a recordar nuestro compromiso histórico con la tierra, con el agua, con las animalas, con la flora y con las que nos acompañan. Sean pues, estas páginas, un llamado de nosotras para las nosotras.

*Se agradece la difusión parcial o total de esta obra, citando a la autora.

REFERENCIAS

Báez-Jorge, Félix (2010). Mitología y simbolismo de la vagina dentada. *Arqueología Mexicana*, Vol. XVIII, núm. 104, pp. 51-55.

Disponible en red en: https://arqueologiamexicana.mx/mexico-antiguo/la-vagina-dentada-en-la-cosmovision-mesoamericana

Bárcena Díaz, Leticia (2007). La Mujer gobernante en la época Prehispánica. *Boletín Científico. Vida Científica*, núm. 5.

Disponible en red en: https://www.uaeh.edu.mx/scige/boletin/prepa4/n5/e1.html

Cyphers Guillén, Ann (1994). Las mujeres de Chalcatzingo. *Arqueología Mexicana*, núm. 7, pp. 70-73.

Disponible en red en: https://raices.com.mx/tienda/revistas-tula-AM007

Comas d' Argemir, Dolors (1995). *Trabajo, Género y Cultura. La construcción de desigualdades entre hombres y mujeres.* Barcelona: Icaria.

De Barbieri, Teresita (1992). Sobre la categoría género. Una introducción teóricometodológica. *Fin de Siglo. Género y Cambio Civilizatorio*. Ediciones de las Mujeres, 17, Santiago de Chile: ISIS Internacional.

Dio Bleichmar, Emilce (1985). *El feminismo espontáneo de la histeria*: *Estudio de los trastornos narcisistas de la feminidad*. Madrid: Siglo XXI.

Engels, Federico (1988). *El origen de la familia, de la propiedad privada y el estado.* Madrid: Endymon.

Esteva, Gustavo (2000). *Antropología del desarrollo, teoría y estudios etnográficos en América Latina*, EUA: University of Michigan.

Federici, Silvia (2018). *El patriarcado del Salario. Críticas feministas al marxismo*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Fontela, Martha (2008). ¿Qué es el patriarcado? Mujeres en Red.

Disponible en red en:

http://www.mujeresenred.net/spip.php?article1396#:~:text=En%20la%20Am%C3% A9rica%20conquistada%20por,lo%20largo%20del%20siglo%20XIX

Frye, Marilyn (1983). The Politics of Reality: Essays on Feminist Theory.

Disponible en red en:

https://biblioteca-feminista.blogspot.com/2017/06/marilyn-frye-politics-of-reality-essays.html

Garrido Luque, Alicia (2000). El reparto del trabajo no remunerado: expectativas y deseos de cambio. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 15-38.

Gates Smith, Brenda (2000). Los secretos de la diosa. Barcelona: Ediciones B.

Giraldo, Isis (2019). Posfeminismo/Genealogía, geografía y contornos de un concepto. *Debate Feminista*, Vol. 59, 1-30.

Disponible en red en:

https://doi.org/https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.2020.59.01.

Gómez Bueno, Claudia (2001). Mujeres y trabajo: principales ejes de análisis. *Entramados Sociales*.

Disponible en red en:

https://entramadossociales.org/produccion-cientifica/mujeres-y-trabajo-principales-ejes-de-analisis/

González Vergara, Oriana (2018). La envidia patriarcal. *La Crítica*. Disponible en red en: http://www.la-critica.org/narrativa-la-envidia-patriarcal/

Hughes, Virginia (2013). Los artistas prehistóricos podrían haber sido mujeres. *National Geographic*.

Disponible en red en:

https://www.nationalgeographic.es/ciencia/los-artistas-prehistoricos-podrian-haber-sido-mujeres

Kandel, Ester (2006). *División sexual del trabajo ayer y hoy. Una aproximación al tema*. Buenos Aires: Dunken.

Limón, Raúl (2021). Una investigación bucea hasta el Neolítico para encontrar los orígenes de la desigualdad entre hombres y mujeres. *El País*.

Disponible en red en:

https://elpais.com/ciencia/2021-04-13/una-investigacion-bucea-hasta-el-neolitico-para-encontrar-los-origenes-de-la-desigualdad-entre-hombres-y-mujeres.html

López Hernández, Miriam y **Echeverría**, García Jaime (2011). Tlaltecuhtli como vagina dentada en la concepción nahua prehispánica. En María J. Rodríguez-Shadow y Lilia Campos Rodríguez (ed.), *Mujeres: Miradas interdisciplinarias* (pp. 83-100). México: Centro de Estudios de Antropología de la Mujer.

Disponible en red en:

https://www.miriamlopezhernandez.com/uploads/1/1/7/6/11767522/tlaltecuhtli_vagi na dentada miradas 2011 web.pdf

López Hernández, Miriam (2014). Presencias ginecomorfas en el pensamiento indígena: comer y ser comido. *Cuicuilco*, Vol. 21, núm. 60, mayo-agosto.

Disponible en red en:

http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-16592014000200008

Martínez Pulido, Carolina (2017). ¿Fue el patriarcado un producto del Neolítico? *Mujeres con ciencia*.

Disponible en red en:

https://mujeresconciencia.com/2017/03/09/fue-patriarcado-producto-del-neolitico/

Matos Moctezuma, Eduardo (2013). La agricultura en Mesoamérica. *Arqueología Mexicana*, núm. 120, marzo-abril.

Disponible en red en:

https://arqueologiamexicana.mx/mexico-antiguo/la-agricultura-en-mesoamerica

Maya, Wei-Haas (2020). El hallazgo de una cazadora prehistórica cuestiona las suposiciones sobre los roles de género. *National Geographic*.

Disponible en red en:

https://www.nationalgeographic.es/ciencia/2020/11/hallazgo-de-cazadora-prehistorica-cuestiona-suposiciones-sobre-roles-de-genero

Millett, Kate (1995). Política sexual. Madrid: Cátedra.

Nuño, Laura (2010). *El mito del varón sustentador*. Barcelona: Icaria.

ONU (2018). Las mujeres están por debajo de los hombres en todos los indicadores de desarrollo sostenible. Febrero. Disponible en red en: https://news.un.org/es/story/2018/02/1427081

ONU MUJERES (2020).

Disponible en red en:

https://www.unwomen.org/es

Pateman, Carole (1995). El contrato sexual. Barcelona-México: Atrhopos.

Disponible en red en:

http://www.multimedia.pueg.unam.mx/lecturas_formacion/sexualidades/modulo_7/sesion_3/complementaria/Carole_Pateman_El_contrato_Sexual.pdf

Mendoza Escamilla, Viridiana (2019). 668 pesos diarios, el salario justo para limpiar tu casa. *Forbes México*, mayo 8.

Disponible en red en:

https://www.forbes.com.mx/el-salario-justo-de-las-trabajadoras-del-hogar/

Peker, Luciana (2019). Diferencias de género a la hora de barrer, limpiar y cocinar. *Página 1*2.

Disponible en red en: .https://www.pagina12.com.ar/189751-diferencias-de-genero-a-la-hora-de-barrer-limpiar-y-cocinar

Pisano, Margarita (2003). Mirar desde afuera... y ver. *Radio Internacional Feminist*a.

Disponible en red en: http://www.radiofeminista.net/dic03/notas/esp/nota2.htm

Rubin, Gayle (1975). The Traffic in Women: Notes on the "Political Economy" of Sex. En R. Reiter (comp.), *Toward an Anthropology of Women*. Nueva York: Monthly Review Press.

Rodríguez Moro, Carmen (2016). *La persistencia de la división sexual del trabajo en la conciliación de la vida familiar, personal y laboral. Facultad de Ciencias Empresariales y del Trabajo de Soria*. Trabajo de fin de grado. Grado en Relaciones Laborales y Recursos Humanos. Soria: Universidad de Valladolid.

Disponible en red en: http://uvadoc.uva.es/handle/10324/23395

Sotelo, Gina (2006). Olmecas consolaron su inferioridad simbolizando su virilidad en el jaguar.

Disponible en red en:

https://www.uv.mx/boletines/banner/horizontal/noviembre06/081106/olmecas.htm

Soto Espinosa, Angélica y Huerta Noguera, Sofía (2019). De plantas, telas y vasijas ¿Cómo vivían las mujeres en la Mesoamérica prehispánica? *La Crítica*.

Disponible en red en:

http://www.la-critica.org/de-plantas-telas-y-vasijas-como-vivian-las-mujeres-en-la-mesoamerica-prehispanica/

Vela, Enrique (2021). Culturas prehispánicas de México. *Arqueología Mexicana*, Especial 34.

Disponible en red en:

https://arqueologiamexicana.mx/indice-tematico/etapa-litica-30000-2500-ac

Vendrell Ferré, Joan (2013). *La violencia del género. Una aproximación desde la antropología*. México: Juan Pablos Editor/UAEM.

Velázquez Herrera, Luisa (2018). No soy una hembra adulta de la especie humana. *La Crítica*.

Disponible en red en:

http://www.la-critica.org/no-soy-una-hembra-adulta-de-la-especie-humana/

Vergara Sánchez, Patricia Karina (2015). Sin heterosexualidad obligatoria no hay capitalismo. *La Crítica*.

Disponible en red en:

http://www.la-critica.org/sin-heterosexualidad-obligatoria-no-hay-capitalismo/

Vergara, Sánchez, Patricia Karina (2020). No te metas con mi limpieza. *La Crítica*. Disponible en red en:

http://www.la-critica.org/no-te-metas-con-mi-limpieza/

Whitehead, Ann (1979). Some Preliminary Notes on the Subordination of Women. *IDS Bulletin*, Vol. 37, núm. 3.

Disponible en red en:

https://core.ac.uk/download/pdf/286044032.pdf